

Examen de las investigaciones sobre las aborígenes de España mediante la lengua vasca

P O R

GUILLERMO DE HUMBOLDT

Traducción directa del alemán (2.ª edición) por Telesforo de Aranzadi

(CONTINUACIÓN)

Iria (Plin. I. 150, 6.) en los taurinos (Mannert. III. 487.) recuerda la palabra vasca ciudad, e *Iria* Flavia de los galaicos. Pero como Ptolomeo (II. 6. p. 44.) escribe la ciudad española $\text{I}\rho\tau\alpha$, la itálica $\text{E}\rho\tau\alpha$ (III. 1. p. 71.), parece la vocal inicial de ésta haber tenido pronunciación mezclada con la e, lo que dió motivo para expresar algunas sílabas en latín, primero por *ei* y luego por una *i* larga. Esto hace dudosa la derivación.

Los *ilienses* en Cerdeña. Deben de haber sido troyanos, y su nombre proceder de Ilium; descontado, con todo, que todas las narraciones de esta especie están expuestas a grandes dudas, es cierto que en tiempo de Pausanias (X. 17, 4.) este pueblo habitaba la montaña y en nada se distinguía, por la indumentaria y género de vida, de los que Pausanias llama libios. En ellos mismos, que vivían como bárbaros, no podía hallarse ningún vestigio del origen troyano y es, más bien, muy verosímil, que sólo su nombre condujo a esta conjetura, y qué se inventó de aquí la leyenda de que sus antepasados, compañeros de Eneas, desviados por vientos contrarios, y el pueblo mas tarde, huyendo de los libios (cuyo género de

vida, sin embargo, deben de haber adoptado) a la montaña, se asentaron tras de riscos y despeñaderos impracticables. Que los ilienses habrían sido semejantes a los libios también en el aspecto (ταζ μορφοζ), es aún más contradictorio, si no se entiende la expresión por el exterior resultante del traje, armas y porte. Ya por otros motivos se ha tenido a los *ilienses* por una mala interpretación de *jolaenses* (VV. DD. *ad Melan.* II. 7, 19). Pero es mucho más verosímil que se encontrase allí con este nombre un pueblo montañés bárbaro, como habitante primitivo, o muy temprano inmigrado. De este modo es más explicable su porfiada resistencia contra los romanos, en tal grado que Livius les nombra (XL. 34.) *gentem ne nunc quidem omni parte pacatam*. Si su nombre fuera vasco se llamaría su residencia fortificada *Iria* o *Ilia* y ellos mismos entre griegos y romanos Ιλιεις e *Ilienses*. Que los iberos inmigraron en Cerdeña dice expresamente Pausanias (1. c.), así como que fundaron primeramente una ciudad en la isla. Sólo menciona el nombre: Nora, y el caudillo ibérico *Norax*, que no me parecen tener ninguna radical vasca (Ritter: Vorhalle. 356.)

Uria (Plin. I. 167, 4.) en Apulia concuerda con la palabra vasca *uria* y la ciudad *Urium* de los túrdulos (14.). Ptolomeo tiene en verdad *Hyrium*, pero es dudoso, si se trata del mismo lugar.

Nombres, que se puedan considerar derivados del ahora aducido o de ura, agua (15.), son los siguientes: *Urba* Salovia en los picenes (Ptol. III. 1. p. 72, la lectura es dudosa, pero no en la sílaba, que aquí interesa), *Urbinum*, lugar de dos aguas (15.), *Urcinium* (Ptol. III. 2. p. 75) en Córcega, homófono de *Urce* de los bastetanos; el islote *Urgo* (Plin. I. 159, 23, pero en Steph. Byz. Orgo) entre Corcega y Etruria, concordante con *Urgao* en la Bética; los *ursentini* (Plin. I. 166, 1.) en Lucania, como *Urso*, *Ursao* en la Bética; quizás *Agurium* (Ptol. III. 4. p. 79.) en Sicilia, pero no hay ningún nombre del todo semejante en España. Pues *Agiria* en el *Itin. Anton.* (p. 447.) es demasiado incierto, ya que también se lee *Argiria* y no se nombra en otra parte el lugar.

Astura (Plin. I. 152, 16.), río e isla junto a Antium. Festus nombra el río *Stura* y añade: *flumen quod quidam Asturam vocant*. Esto hace muy dudoso, si la a pertenecía desde un principio a la palabra y sólo con el tiempo se perdió, o como muchas veces era un mero accidente de la pronunciación. En España no permite la analogía de muchos otros lugares, en parte actuales y vascos, así como el sistema de formación del idioma, ninguna otra etimología, que la

arriba (13.) expuesta. En Italia puede haberse formado la misma palabra de otro modo y de otro idioma y en realidad no he hallado, cuando yo mismo estuve en el sitio, ningún vestigio de peña junto a la torre, que hoy se llama Astura. En toda la ribera desde allí hasta Nettuno (Antium) es llana y arenosa.

Asta en el interior de Liguria (Plin. I. 150, 8.), como la palabra vasca para peña, y *Asta* de los turdetanos. Fuera de esto no hallo ningún nombre derivado de esta raíz, de la que hay varios (13.) en la antigua España, y muchísimos en la actual. No se ha de olvidar, con todo, en este nombre, que también puede derivar del griego $\alpha\sigma\tau\upsilon$, $\alpha\sigma\tau\upsilon\rho\upsilon\nu$ (Astura). La posibilidad de la derivación de palabras griegas de sonido semejante se debe tener presente en toda etimologización de nombres itálicos.

Los oscos no pueden reunirse con la hispánica *Osca* y otras ciudades del mismo nombre, pues a sí mismos se llamaban *Opici*, de donde se hizo *Opsci* y por tanto la *s* no pertenece a la raíz. Aún menos pueden contarse aquí los *Volsci*, cuyo nombre parece proceder de otra raíz completamente distinta (*).

Los *ausones* recuerdan, sin duda, a la española *Ausa* y los *ause-tanos*; pero si su nombre fuera emparentado con el de los *aurunci*, entonces habría de tener otras raíces.

El río *Arsia* (Plin. I. 175, 19.) en Istria recuerda *Arsa* en Beturia.

Basta en Calabria (Plin. I. 166, 14.) con forma con *Basti* de los bastetanos (18.)

Los *basterbini* (Plin. I. 168, 7.), rama de los salentinos. El euskera *er-bestatu* quiere decir expatriar, cambiar su país (*erria*); de aquí y del arriba mencionado *basoa*, bosque, se pudo derivar el nombre y explicarlo, como designando emigrados del pueblo de la montaña arbolada (**). *Erbita* aparece (Diod. XIX. 6.) en Sicilia.

(*) Asiento en esto a la opinión manifestada en los Heildelberger Jahrbücher (Jahrg. g. p. 851 (1)). Las raíces de ambos nombres son evidentemente diferentes, así como también los de *Ausones* y *Aurunci*. Lanzi (III. 617.) halla también gran afinidad entre *Volsci*, *Tusci* y *Etrusci*, pero nadie le seguirá en esto. Según Niebuhr (Röm. Gesch. I. 50.) había entre *Opscus* y *Tuscus* en el antiguo idioma seguramente oposición, opinión que difícilmente se puede probar, pues no se da ningún argumento. De tan diverso modo juzgan hombres de reconocido saber acerca de los mismos nombres.

(I) Se trata de un pasaje en Schlegel: Rezension von Niebuhr: Römische Geschichte; comp. Schlegel obras compl. 12. 461.

(**) N. del T.— Aquí nada tiene que ver *basoa*, sino ímicamente *beste* (otro); *erbeste* otro país.

Biturgia (Ptol. III. 1. p. 72.) en Etruria suena casi lo mismo que *Bituris* de los váscones (14.)

Campania. Stephanus Byzantinus (v. *Καμπος Etymolog. magn.* v. *Καμπανοι*. p. 488, 39. *ed. Sylb*) deriva el nombre del de la ciudad Campus y éste de su fundador Campanus. Pero la verdadera etimología es de *campus*, campo y también los antiguos sentían ya esta conexión, como se destaca del *Etymol. magnum* (l. c. y v. *χαμπη*), donde sólo se invierte el orden de la derivación y la palabra se toma del nombre. Eustathius ad Dionysius aduce también esta etimología expresamente. Compárese también Vossius *Etymologicon h. v.* En latín, como en griego, en tanto que la voz sea también griega, parece estar su origen en Sicilia, como testifica Hesychius (v. *χαμπος*, que allí se llamaba así el coso. La denominación no provenía de la inflexión en la carrera, sino del llano, y el origen siciliano de la palabra es, por ende, notable, porque el verdadero sitio de ella parece estar en el euskera. Pues en euskera es *campoan*, fuera, opuesto de *barruan*, dentro (Larramendi Gram. 324). De esta significación derivan verbos, que quieren decir sacar, salir; como campo, llano, se usa la palabra mucho menos. La idea más primitiva del estar fuera, de lo libre, abrir, es pues en euskera. Sin embargo, parece el cretense *χαμας*, tierra de labor (Hesychius h. v.), que bien erróneamente se deriva de *χαμνω*, conducir a una sílaba radical aún más sencilla, que la vasca y que la latina. Es probablemente afine a *γαω*, *γαια*. Nombres de lugares ibéricos que puedan aducirse aquí con alguna seguridad no los halla.

Curenses (Plin. I. 169, 5.) de los sabinos, como el *litus Corense* en la Bética y casi con el mismo sonido *Gurulis* en Cerdeña (Ptol. III. 3. p. 77.). Comp. 17. Pero el primer nombre tiene otra derivación más natural y más itálica (*).

(*) Séame permitido aquí un breve cotejo de algunas palabras, cuya semejanza me parece demasiado llamativa para no tener por emparentadas. Curia era, según Servius, una antigua palabra itálica. Ciertamente que no venía de cuya. Yo reconozco en ella la misma raíz que en *urbs*. La *c* no lo contradice. *Urvus* era lo mismo que *curvus* y ambas palabras corresponde aquí precisamente. *Urvus* indicaba la curvatura, que volvía en sí, de donde *urvare*, rodear y así era la idea principal en *urbs* y *urvus* el cercar, el segregar un sitio particular de lo general. Lo mismo me parece en Curia. Para el sentido primitivo tendría el templo destinado a las curias. Era más natural el nombrar la sección popular por el edificio, en que ofrendaba, que éste por aquélla. Tanto aquí en la Curia, como en la *urbs* era la idea del trazado de los límites, no la ordinaria del señalamiento, sino la sagrada de la consagración, la separación del sitio consagrado del profano. El trazado de la línea de cerco se hacia con el *aratrum*,

HisPELLUM (18.) en Umbría.

El río *Lambrus* (Plin. I. 173, S.), que desembocaba en el Pó, puede compararse con *Lumbriaca* y *Flavia lambris* de los galai-cos (17.)

Murgantia, ciudad de los sículos (Diodorus Sic. XIV. 78.), que aparece con diversas variantes de su nombre en los escritores. Había sido fundada, según presunción de Strabo (VI. 2, 4.) por un pueblo bárbaro del mismo nombre. Este pueblo distingue Strabo del de los iberos, que por testimonio de Ephorus llegaron a Sicilia con anterioridad. Pero en esto no se puede fiar de la noticia al pie de la letra, y si se ha hallado una tribu con nombre vasco allí donde, según la narración, hubo también iberos, puede aceptarse, que esta tribu realmente era ibera. El lugar del mismo nombre en España es *Murgis*, la raíz (17.) *murua* y lo que habla en favor de este origen del nombre es, que la forma *Morgetes*, *Morgentina* sólo aparece en los griegos, que trabucaban todo lo bárbaro, mientras en los romanos, cuyo idioma había conservado sonidos itálicos antiguos (**), los en *u* son dominantes.

es decir, el *urvum aratri*. En arare he creído siempre hallar sólo la idea del trazado del surco, de una línea recta. Es esto lo que, a quienes aún no están habituados a la labranza, debía más asombrar, una línea recta obra evidente del arte humano, en la irregular, insimétrica naturaleza. Así se jacta Ulises de trazar los surcos rectilíneos. De aquí que concordasen en la fundación de ciudades en la costumbre itálica, según parece iniciada por los etruscos, el menester práctico, el rito religioso y el idioma en sus sonidos radicales primitivos. En griego hay la misma analogía en $\delta\rho\omicron\varsigma$ y $\alpha\rho\omicron\omega$, también en $\chi\rho\upsilon\tau\omicron\varsigma$, sólo que falta una forma del último sin consonante inicial; pero el empleo sagrado y político de estos sonidos en el templo, fundación de ciudades y división popular no existe. En alemán es *aeren* arar, curvo, serie. En euskera es *ara-tu* arar, pero la línea fundamental de línea, línea recta, regla, en *ara* y *era* (v. la 3.^a nota del § 18.), cambiando la vocal como en el griego $\alpha\rho\omega$ y $\epsilon\rho\omega$; *gur* es la sílaba radical con el sentido de curvatura y *uria* ciudad. Esta se llama también, es verdad, *iria*, solo que es cuestionable, si en todas estas palabras no es el sonido esencial la *r* (la letra cortante, sobre la que se deja arrastrar el tono largo tiempo (*)), como parece demostrar el alemán *Reihe*. También la palabra alemana *Ort* pertenece a esta familia; la prueba me llevaría demasiado lejos, sin embargo. En este cotejo, en que nada me parece forzado y en que cada punto se puede demostrar por testimonios conocidos, están los romanos los más próximos a los vascos y el punto de transición son los etruscos. El idioma parece acreditar igualdad en la cultura por la agricultura y en las instituciones políticas. Estoy muy lejos, no obstante, de querer por eso hacer ya a los etruscos progenitores de los iberos o viceversa.

(*) N. del T.— Me parece que aquí, una vez en Berlin el autor, ya no se acuerda de la diferencia esencial entre *r* y *rr*. No es fácil imaginar que con Aranzadi hiciera Menéndez Pelayo en sus tartamudeos los redobles que hacía con los rrrrrromanos.

(**) Como tal palabra itálica antigua afine a la vasca, tendría yo a *murus* Comp. nota, del § 17.

Suessa en el Latium y Campania (Plin. I. 154, 10. 383, 9.), como los suessetanos, tribu de los ilergetes (30.). A *Suessa* se refiere *Suessula* (Plin. I. 155, 9) como forma de nombre, lo mismo que *Deobrigula* a *Deobriga*, y varias otras ciudades españolas entre sí, arriba citadas (14.).

33.

Nombres vascos en Tracia.

Antes de acabar esta breve reseña de los nombres de lugares de una parte de la Europa occidental, he de mencionar todavía en pocas palabras algunos de Tracia; pues si se imaginan emigrando los pueblos de oriente a occidente, es Tracia una parte del gran camino real de estas emigraciones. De los celtas apenas podría además negarse, que tocaron estas regiones, pues se hallan vestigios de sus rutas y residencias desde Pannonia hasta Lusitania. Pero de un modo muy especial conduce la investigación de una familia de nombres hacia esto, los en *briga* y *bria*, de los cuales investigamos ya el origen. *Bria* parece que en tracio quiere decir ciudad (Stephanus Byz. v. Μεσημβρια. Strabo. VII. 6, 1, p. 319). Tres ciudades, *Mesembria* (Herodotus. VI. 33.) (*), *Selymbria* (Strabo. l. c.) y *Poltyobria* (Nicolaus Dam. fragm. l. 5.) llevan esta terminación y son, según el testimonio de los escritores griegos, compuestos de los nombres extraños de los plantadores, que las fundaron y un apelativo indígena. Lo mismo es el caso en muchas ciudades de la antigüedad, también en algunas españolas, pero *Mesembria* o *Mesambria* es dudoso este origen, pues aún había un segundo lugar de este nombre en otra región, completamente distinta, en el Mar Egeo (Herodotus. VII. 108.). La palabra sencilla se halla, aunque con vocal alterada, en la ciudad tracia Brea, hacia la cual (Hesychius. v. Βρεα) enviaron los atenienses una colonia. No una ciudad, sino una región designa el nombre *Briantica*, todo el distrito a los lados del río Lissus y es notable que este nombre era nuevo y aparecía en vez del antiguo *Gallaica*. Tampoco el conocido pueblo de los *bryges* o más bien *briges* (Ritter: Vorhalle Europ.

(*) En este pasaje asiente en verdad Wesseling a la alteración de οχησαν en οχισαν. Sólo aquella es evidentemente justa, pues la ciudad no fué fundada entonces, sino que ya existía.

Völkergesch. 254.) puede aquí quedar sin mencionar, por poca seguridad que tenga de que entre estos y aquellos nombres en *bria* y *briga* haya conexión (*).

De nombres, que fuesen decididamente semejantes a los vascos, noto sólo los siguientes: *Iliga* (*Itin. Hierosolym.* p. 567.), que sería una mala interpretación de *Helice* (*Itin. Anton.* p. 136.), sólo que *Helice* mismo aparece más bien como una torcedura del verdadero nombre indígena hacia sonidos griegos. El sitio estaba en una región escabrosa, que, si se quisiera etimologizar del euskera, como de antes de la edificación de la villa, podría haberse llamado *sin poblado*.

Del río *Arsia* se ha hablado ya apropósito de Italia (32.).

Oescus Triballorum, un antiguo nombre indígena de lugar y de río, en todo caso se compararía con *Osca*:

Aunque las semejanzas fueran varias e inmediatas, no había de creer, que hubiese de considerarlas. En un país tan apartado, donde falta todo fundamento histórico seguro, para buscar semejanzas de nombres, pueden sonidos decididamente iguales provenir fácilmente de raíces del todo diferentes.

34.

Mirada retrospectiva a la marcha de la investigación; exposición de las cuestiones, que se han de resolver.

La base de este trabajo, principalmente dirigido a los vestigios del euskera, aun visibles desde la antigüedad, era la investigación de los nombres de lugares, como el casi único monumento restante, en países, en que podían verosimilmente encontrarse. Ahora que esta concluida, corresponde el edificar sobre ella, pero acudiendo preferentemente al auxilio de los testimonios de los antiguos escritores, pues el seguir solo bases de prueba etimológicas, siempre será una empresa arriesgada. ¿Eran efectivamente los antepasados de los actuales vascos los antiguos iberos? ¿Alcanzaba sólo a ellos y a tribus de idioma afine, o a la vez también a los de otro idioma

(*) De que Herodianus (Steph. Byz. v. Βριγγες) nombrase a este pueblo Βριγγαντας nada se puede deducir geográfica o históricamente. Es una observación meramente gramatical.

este nombre de pueblos? ¿Estos iberos, o también otros y de qué naciones (fuera de las sabidas colonias de pueblos civilizados de la antigüedad) habitaban la Península hispánica? ¿En qué extensión, fuera de la misma, se encuentran los iberos? ¿Se puede determinar algo sobre su procedencia, aunque sólo sea a modo de conjetura? Estas son las preguntas, a que se trata de contestar.

35.

Asientos incontestables de los iberos, que hablaban euskera.

Los nombres de lugares de los vascos, como los asocia Ptolomeo (II. 6. p. 48.), no sólo contienen cabalmente los sonidos más reconocibles como vascos, sino que también se hallan exentos de los extraños, que se encuentran en otras partes de España. Precisamente en sus residencias se habla aun hoy euskera y no podemos, por esto, partir de ningún punto, que fuera más seguro, que el de que el actual idioma, naturalmente con las alteraciones traídas por el transcurso del tiempo, era también el de los antiguos iberos. Justamente este pueblo fué también el que menos sufrió por los acontecimientos, que alcanzaron al resto de España. Descontada la única desesperada resistencia de Calaguris no se enredaron en guerra con los romanos y pudieron mantenerse libres fácilmente en sus montañas, aunque no de su dominio, por lo menos de la comunidad con ellos. Las mismas relaciones tuvieron lugar con sus más próximos vecinos hacia el Mediterráneo y con los pueblos del otro lado de los Pirineos. Pero allí mismo ofrecen también los nombres de lugares (23. 26.), en parte lo menos extraño, en parte lo vasco más peculiar. Aquí pues y en los dos lados de los Pirineos, donde, según el testimonio unánime de la antigüedad, habitaban iberos, no puede producirse duda, ni siquiera aparente, sobre la identidad de estos iberos con los antepasados de los actuales vascos. Aquitania también, como los vascos mismos, había tenido que sufrir poco por las campañas de los romanos. Pero el que en escritores franceses y españoles a los vascos se les haya llamado precisamente cántabros, si se habla de la antigüedad, es evidentemente erróneo. Pues si la translación, que dispuso Augusto, o incursiones que ellos mismos emprendieron más tarde en la época goda, trajeron los cántabros hasta la actual Vizcaya, esto no corresponde aquí. Aun esta hipótesis misma es

sumamente dudosa y sólo puede haberse originado con facilidad, de que se reveló la ufanía nacional contra la especie de que los actuales vascongados hubieran de considerarse descendientes de los caristos y várdulos, poco afamados en la historia y tenidos como poco guerreros (Oihenart. *Not. utriusque Vasc.* c. 6. p. 18.). En sí no sólo estaban separadas las residencias de los cántabros de las de los vascos por aquellos dos pueblos y los autrigones, sino que en los cántabros y sus vecinos orientales empieza también la mezcla de los nombres de lugares con sonidos, que yo no puedo reconocer como vascos (*). Aun en el carácter de ambas naciones, tales como las pintan los antiguos, hay una diferencia. Los cántabros eran tan belicosos, que este rasgo de carácter les sirve como apelativo permanente. El vascón es calificado como no menos bravo, hasta despreciaba el cubrirse en la pelea con un casco y se le llama por esto el no acostumbrado al casco (Sil. Ital. III. 358. V. 197. IX. 232.). Esta costumbre podría relacionarse con su armamento en general ligero (Sil. Italic. X. 15.). Pero si la guerra hubiese correspondido a las ocupaciones habituales de la nación, se habría originado de aquí por sí mismo el uso de armas defensivas más seguras. El sentido más pacífico de los vascos resalta además por la historia y era una consecuencia de la tranquilidad, de que gozaban en sus residencias de montaña.

36.

Recopilación de los nombres de lugares vascos de Iberia según las tribus de la Península.

Nombres decidida e innegablemente vascos se hallan esparcidos por toda la Península Hispánica. Lo demuestra la reseña arriba (13-20.) expuesta de sus nombres de lugares. Como allí los examiné sin atender a su situación geográfica, sino más bien conforme a sus raíces, quiero ahora ordenarlos por tribus, pero sólo los decididamente demostrativos, dejando todos los que se acompañan meramente por el sonsonete, o de los que la etimología podría parecer

(*) Juvenal parece (Sat. XV. v. 93-110) servirse de los dos nombres vascos y cántabros, como sinónimos. Pero, si se considera bien, nada puede seguirse contra su diferencia de este pasaje. Pues donde pone, probablemente solo a causa del verso, *Cántabro* por vasco, no era el pensamiento de designar a este pueblo, sino solo la región en general.

más atrevida. Pues aquí no viene bien el probar mucho, sino el hacerlo sobre seguro.

1. Baetica.

a. las tribus ibéricas, los turdetanos túrdulos.

Astigi, tres veces. Astapa. Asta (13.). Esuris. Ulia. Ilipa. Ilipula dos veces. Iliberi (14.). Urbona. Urgia. Urgao. Urso. Ucubis. Illurco. Ilurgis (15.). Iliturgis (16.). Aranditani. Arsa. Artigi. Balda, Balsa. Litus Coreense. Escua. Malaca. Munda. Murgis. Onuba. Salduba. Selambina (17.). Vesci. Osca dos veces (18.). Menoba (19.). Carrissa (20.).

b. las tribus célticas.

Laconimurgi (14.). Turiga (16.) y Curgia (17.), pero que quizás son una sola.

2. Lusitania.

a. en general y los lusitanos.

Langobriga. Langobrites (14.). Verurium (15.). Aravi. Moron. río Munda. Mundobriga. Talabriga. Talori (17.). Mendiculea (20.)

b. los vetones.

Laconimurgum (14.)

c. las tribus célticas.

Lancobrica (14.)

3. Provincia Tarraconense

a. las tribus del norte.

aa. los galaicos, que incluyen los celtas de allí.

Iria Flavia. Ulla (14.). Mearus. Navilubio. Lambriaca. Lapatia. Talamina (17.).

bb. los astures.

Su nombre mismo. Asturica (13.). Los bedunesios. Flavionavia. Laberris. Maliaca (17.).

cc. los cántabros.

Aracillum. Murbogi. Octaviolca. río Sanda (17.).

dd. los caristos.

Su propio nombre, sobre todo en la forma: Carietes (20.)

ee. los várdulos.

Alba. Morosgi (17.). Menosca (18.)

ff. los vascos.

Graccuris. Calaguris (14.). Bituris (15.). Iturissa (16.). Alavona. Balsio, Los Curgonii. Edulius mons. Tarraga (17.). Bascontum (18.). Menlascus. Oeaso (20.)

b. las tribus del interior.

- Solurius mons. Urbiaca (15.). Albonica (17.). Las montañas Orospeña, Idubeda (20.)
aa. los vacceos.
Albocella (17.)
bb. los carpetanos.
Su nombre, sobre todo en la forma Carpesii (20.). Ilurbida (15.).
Ilarcuris (14.) Arriaca (17.)
cc. los oretanos.
Su propio nombre. Oria (20.). Lacuris (14.).
dd. los ilergetes.
Calaguris (14.). Ileosca. Vescitania Osca (18.).
ee. los lacetanos.
Ascerris (13.)
ff. las tribus celtibéricas
Urcesa (15.). Turiaso (16.). Alaba. Bilbilis. Larna. Malia (27.)
gg. los castellanos
Egosa (17.). Basi (18.)
c. la costa meridional
Ildum (17.)
aa. los bastetanos.
Su propio nombre. Basti (18.). Urce (15.). Abula (17.).
bb. los contestanos.
Lucentum (17.)
cc. los edetanos.
Hedeta (19.). Uduba (15.). Leonica. Salduba (17.).
dd. los ilercaones.,
Su propio nombre, sobre todo en la forma Illurgavonenses (15.).
Biscargis (18.)
ee. los cosetanos.
Iluro (15.)
ff. los laletanos.
río Larnum (17.)

Extensión de la lengua vasca en toda la Península.

Si se repasa esta relación con detenimiento, no puede uno resistirse a la convicción de que no hay ningún distrito extenso de la Península, en que no estén nombrados lugares o regiones por pue-

blos, que hablaban una lengua igual al actual euskera en el sistema fonético, palabras radicales, terminaciones y composiciones. En todas las grandes tribus se hallan y, si faltan en los *autrigones*, *lobetunos*, *olcados*, *cerretanos*, *ausetanos* e *indigetes*, son precisamente las tribus menores, de las que han llegado hasta nosotros en general menos nombres. La casualidad puede haber hecho muy amenudo que los nombres legítimamente ibéricos no fuesen consignados por los escritores y la causa puede en parte consistir en la extrañeza de los sonidos, en parte en que designasen villas y aldeas insignificantes. Las ciudades más importantes recibieron con frecuencia sus denominaciones de extranjeros. Que muchos nombres de lugares puedan ser también vascos, pero que no nos permiten etimologizarlos con seguridad, debe quedar además siempre reservado. Con todo es cierto que los nombres vascos están desigualmente repartidos en la Península. La mayoría se hallan, conforme a las relaciones del espacio, en los váscones, después de ellos en los turdetanos y túrdulos en la Bética. La frecuencia de los sonidos más legítimos y primitivos en los nombres de esta provincia apenas deja lugar a una duda posible de que el dialecto turdetano era lo mismo, o por lo menos muy semejante al actual euskera (*). Nombres notablemente poco vascos, teniendo en cuenta la extensión del país, hay en Lusitania, aunque algunos no dudosos. El fundamento puede consistir en que cabalmente en Lusitania la terminación *briga* es la forma dominante de los nombres de las mayores ciudades, y son sólo éstas, de las que ordinariamente hablan los geógrafos e histo-

(*) En Niebuhr: «Römische Geschichte (I. III.) se sostiene precisamente lo contrario, como una cosa del todo resuelta; pero, dice él, aunque diese esta investigación les a saber. la de las palabras de los sardos montañeses por un enterado del euskera) otro resultado, no quedaría refutada, sin embargo, la hipótesis, por el idioma de los turdetanos del todo diferente de aquellos, a que pertenece como dialecto el euskera, y para nosotros completamente perdido. Es lástima que a esta sentencia no le acompañe ninguna prueba. Mis investigaciones me conducen al resultado opuesto. No veo absolutamente ningún fundamento de por qué el idioma turdetano hubiera de ser otro: hallo en los nombres de lugares una prueba completamente suficiente de la identidad del mismo con el euskera, y no sabría, sin admitirlo, hallar un medio de explicar el considerable número de nombres legítimamente vascos en Bética. A los celtas en la provincia no se les pueden imputar, ni geográfica, ni lingüísticamente, y los túrdulos, en que aquí hubiera de pensarse, eran, según Strabo (III. I. p. 139.), tan íntimamente unidos con los turdetanos, que no pueden admitirse dos idiomas diferentes en unos y otros. Carter (*Journey from Gibraltar to Malaga*. I, 83.) dice que, según Plinio, el idioma turdetano era un dialecto del celtibérico. No es de entender a qué pasaje de Plinio pueda referirse.

riadores. Quedaba así poca ocasión para traernos nombres verdaderamente indígenas. En todo el territorio, antes indicado, de nombres, que me parecen extraños, no ibéricos, son los vascos ralmente sembrados. Aunque estuviesen completamente aislados, que hubiese solamente en Bética *Astapa*, *Iliberis*, *Urgao*, en Lusitania *Mendiculea*, en la costa norte *Iria*, *Flavionavia*, en el interior *Oria*, *Oros-peda* e *Idubeda*, en la costa meridional *Lucentum*, *Iluro*, etc., siempre mostrarían estos nombres aislados, que allí habían penetrado iberos, que hablaban euskera, o habían sido desalojados de allí, y necesariamente habrían tenido que atravesar los países intermedios, por los que se llega a estos lugares. Creo, pues haber puesto fuera de toda duda la opinión, ya expuesta en otra parte, de que los antiguos iberos eran vascos, iguales a los actuales en el idioma, o semejantes, y que estos iberos habitaban en todas las regiones de España, sin limitarse a una sola parte del país.

Una prueba existente en el actual idioma mismo y para mí muy importante de su extensión antigua, la grandísima multiplicidad de sus formas de palabras y gramaticales, he aducido ya en mi anterior escrito (*). Que tan numerosas formas se hubiesen originado en residencias limitadas y en una o pocas tribus, sería monstruoso. En cambio se comprende esto del todo, si se admite que una multitud de tribus, que vivían en gran extensión, en el transcurso del tiempo y por los acontecimientos se hubieran constreñido a vivir en pocos valles de montañas.

Por último séame permitido mencionar aquí una afinidad notable de ideas en el idioma, que tal vez no carezca del todo de fuerza probativa. *Atzean* quiere decir detrás y *atzea* el extraño. El pueblo consideraba así primitivamente al extraño sólo detrás de sí. ¿No indicaría esto, que la nación desde tiempo inmemorial se asentaba entre los Pirineos y el Océano, en el extremo de Europa, permaneció largo tiempo sin mezcla y sólo por tradición sabía, que detrás de él, en las regiones atravesadas en otro tiempo por sus padres, habitaban otros pueblos?

(*) Adiciones al Mithridates, p. 38 (1).

(1) Comp. Tomo 3, p. 250 de las obras de Humboldt.

Los iberos constituían un gran pueblo.

Pero ¿formaban todos los iberos un solo pueblo con varios dialectos, o varios con idiomas verdaderamente diferentes? y había también quizás, fuera de ellos y de los celtas, todavía otros indígenas en la Península? Puesto que las colonias púnicas, griegas y romanas quedan excluidas, como ya se ha hecho notar arriba, de una vez para siempre de esta investigación. Las preguntas aquí expuestas no son del todo fáciles de responder. El nombre de los iberos es, no sólo etnográfico, sino en gran parte geográfico. Sólo los habitantes de la costa norte del Mediterráneo desde el Ródano al occidente fueron así denominados al principio. Al interior de España no se le dió entonces todavía ningún nombre general. Polybius (III. 37, 10.) dice textualmente, que en su tiempo la parte de la Península, que mira al Océano aún no tenía nombre. La Iberia de Herodoto (I. 163.) era evidentemente sólo la costa y sólo probablemente la que pensaba habitada por ligyes, de la Galia, eran los iberos, que menciona como tropas mercenarias (VII. 165.) en Sicilia. Sólo más tarde se extendió el nombre de Iberia a todo el país y no es de admitir que esta ampliación tuviese por base exploraciones, por las que se hubiera venido al convencimiento efectivo de la homogeneidad de las tribus septentrionales y meridionales. Mannert, muy precavido en todos sus juicios, observa con razón, que no se puede demostrar (esto es, por los antiguos), que los habitantes del norte y del sur tengan un mismo origen que los iberos propiamente dichos del sureste (I. 238.). Que los antiguos no podían idear con claridad esta ascendencia común, parecen demostrar varios pasajes y entre éstos uno de Diódoro de Sicilia (V. 34.) sobre los vacceos; pues distinguiendo este pueblo de los celtíberos, no dice que fuesen iberos; parece según él constituir un pueblo aparte. A los lusitanos los considera, sin embargo, como iberos. Appiano en cambio nombra (*) a los vacceos textualmente como tribu de los cel-

(*) En el pasaje de la introducción a su historia (c. 3.) Ἰβηρια τε πασα—τελευ τωντες debe referirse este participio, según el sentido, también a Ἰβηρια. Nada se puede, pues, descubrir sobre las residencias especiales de los celtíberos. Sólo son mencionados, porque hacían con los iberos la totalidad de población del país.

tíberos (VI. 51, 43. 54, 26.), de modo que se ve, cuan inseguro era el conocimiento de los antiguos acerca de estos pueblos. De este modo no sería por tanto imposible, que en el norte y poniente hubiesen habitado pueblos que, sin pertenecer a los celtas, tampoco hubiesen sido iberos, o por lo menos iberos con idioma del todo diferente. No obstante, no podría ser más que esta simple posibilidad. Tampoco, según el juicio de Mannert, hay nada en contra de la suposición de la igualdad de todos los habitantes de España, fuera de los celtas, y se puede ir mas allá y decir que, si se limita uno también meramente a los escritores, no hay ningún asidero para albergar otra opinión. Pero dos motivos determinados y positivos, el nombre de los celtíberos, y los resultados de la investigación de todos los nombres de lugares, hablan decididamente en favor de que solo habitaban la Península iberos y celtas (y ningún tercer pueblo con ellos). El nombre de los celtíberos arranca evidentemente de tiempos muy lejanos y, como la mezcla de celtas con iberos no sucedió en la costa sino ciertamente mas al norte, por lo menos en el interior, se tenía que conocer también allí ya entonces a iberos. Si admito que este nombre nació en extranjeros, pero por referencias de los indígenas, queda en claro que éstos estaban en situación de juzgar con exactitud sobre sus vecinos del interior. Con todo, aquí es siempre el límite indeciso, hasta dónde se extendían adentro los iberos. En cambio la prueba por los nombres de lugares no deja lugar a ninguna indeterminación. Hemos visto que los vascos están extendidos por toda la Península sin excepción. Suponer que, a despecho de ello, los iberos de la costa norte y del poniente hubiesen vivido, aparte los celtas, mezclados aún con otro pueblo, del que ni los antiguos escritores, ni los nombres de lugares contienen vestigio notorio, sería una conjetura infundada y sumamente inverosímil (*).

(*) La opinión de que los ligures, que habitaban la costa sur de Galia entremezclados con los iberos, hubiesen ocupado partes de España (Risco; continuación de la *España sagrada*. T. 32. p. 7-9.) no he creído deber mencionar. Descansa sólo en Thucydides (VI. 2.) noticia de la expulsión de los sicanos de Iberia por Ligyes, y Mannert (I. 447. 448.) ha mostrado muy cuerdamente, que estos sicanos, sea la que quiera la condición que se les suponga, no pueden haber venido de Iberia, sino a lo sumo de las residencias ibéricas de la costa meridional de Galia. Si no fuera esto, tendría que haber habido mención de los ligures en España también por otros escritores. Risco se refiere a Avienus (*Ora maritima* v. 129-139.) De este pasaje no se destaca, sin embargo, sobre los ligures, nada más que lo también conocido por otras partes sobre su residencia en la Galia (Mannert. P. 2. T. 1. p. 2.).

Los iberos sólo tenían un idioma.

Los iberos constituían un linaje (γενοϋς) pero que, según sus tribus (φυλα), estaba separado en diferentes nombres. Esto lo testifica Herodoto (Vossius *de hist. graecis*. III. p. 374.) en un pasaje retenido por Stephanus de Byzanz (v. Ἰβηριαι) en su libro 10. de la historia de Hércules. Con tanta precisión no se expresa, en cuanto yo conozco, ningún otro escritor antiguo sobre esta, sólo que tampoco habla ninguno de tal diferencia de las tribus ibéricas, que presuponga también diferencia de idioma. Plinio, quien señala tan decidida y a la vez tajante la diferencia entre los iberos y los celtas en Iberia, hubiera hecho ciertamente lo mismo en la idea de grandes diferencias entre los iberos; pero en ninguna parte aparece el menor vestigio de ello. Se hace referencia, no obstante, a Strabo (III. 1. p. 139.) y a primera vista parece la prueba extraída de él en todo caso incontrovertible. Hablando de los turdetanos, sus antiguos monumentos escritos y sus poesías, dice él: «también los otros iberos se sirven de la escritura, no de un modo; pues tampoco de un idioma» (*). Aquellos, que defienden el dominio exclusivo del

(*) .καὶ οἱ ἄλλοι δ' Ἰβήρας χρώνται γραμματικῇ, ὃν μὴ ἰδέα οὐδὲ γὰρ γλώττη μία. En la nueva traducción de Paris dice este pasaje: *Les autres Iberes s'appliquent aussi aux belles lettres; mais leur littérature n'est pas partout la même, parcequ'ils ne parlent pas tous la même langue.* Para dar a las palabras de Strabo este sentido estorba ya el grado de cultura, en que deberían estar naturalmente aquellos pueblos. También es difícil que hubiera querido decir, que su literatura no fuese en todas partes la misma, pues esto no puede ser la literatura en ninguna parte. El compendiador de Strabo (Hudson: *Geogr. min. Vol. II. p. 25.*) ha tomado la expresión gramática en su verdadero y propio sentido. Ἄλλὰ καὶ ἄλλοι Ἰβήρας οὐχ ἐμόλωσσοι ὄντες γραμματικῆς χρώνται: τέχνας ἕκαστοι κατὰ τὴν ἰδίαν γλώσσαν. Es verosímil que haya querido decir por ello, que tenían gramáticas reguladas; pero el sentido natural es el arriba indicado por mí y el mismo en que trae la palabra Harpocracion en el pasaje citado por Wolf *Prolegomena* al Homero p. 63. nt. 29. V. Ἀττικαῖς γράμμασι τὴν γὰρ τῶν εἰκοσι τεσσάρων στοιχείων γραμματικὴν ὁψέ ποτε παρὰ τοῖς Ἴωσιν εὑρεθῆναι. Del todo semejante es la latina *literatura, ut antiqui vocabant, el arte perquam pueris elementa traduntur* (Sen. *epist.* 88. *Ed. Bip.* p. 344. 345.). Este sentido está confirmado en Strabo también por el pasaje inmediatamente anterior, tratando de los turdetanos. Se sirven, dice, del escrito (γραμματικῆ) y poseen los escritos (τὰ συγγράμματα) de sus antiguas tradiciones. Ambas palabras se relacionan aquí manifestamente. El mismísimo sentido tiene el pasaje, que cita la traducción de París (p. 435. nt. 3.) según Vossius y también aparece en Stephanus:

γραμματικῆ δὲ χρώνταν τῇ τῶν Ἰταλῶν οἱ παρὰ

euskera en toda España, han comentado de ordinario estas palabras, como si Strabo sólo hablase de diferentes dialectos. En realidad los griegos y romanos rehuían tanto todo esfuerzo para enterarse exactamente de lo que se refería a los pueblos bárbaros y su peculiaridad, que tal trastrueque, que también nos ocurre bastante amenudo todavía a nosotros en idiomas de otras partes del mundo, bien sería posible. Sería hasta más perdonable, cuanto que aun hoy los dialectos de los vascos, tan cercanos entre sí, de tal manera, son diferentes en pronunciación y formas gramaticales, que se necesita siempre alguna costumbre, si se han de entender de corrido. En la época de la difusión de la nación en un espacio muchísimo mayor podían darse varios dialectos aún más diversos. Pero en cambio se podría recordar, que Strabo en la descripción de la Galia (IV. 1. p. 176.) muestra bien, que dialecto e idioma no se confunden; pues diciendo también de los galos, que no hablan idéntico idioma, señala esto más, en que algunos difieren un poco en sus dialectos; testifica por el contrario en el mismo pasaje la completa diferencia del aquitano y el galo. En Galia presenta la diferencia más bien demasiado pequeña y se pone con esto en contradicción con César, el que (*de bello Gallico* I. 1.) señala las tres partes de Galia como diferentes en idioma, instituciones y leyes (*). Si los idiomas, que Strabo admite entre los iberos, fuesen tan diferentes, como aquellos, cuyos orígenes hemos de buscar en la antigua Galia, serían idiomas bien apartados, pero no dialectos. Puesto que el *Bas Breton* y el galo se apartan entre sí mucho más, que los meros dialectos. Pero el pasaje de Strabo tiene que entenderse, a mi parecer, más exactamente de otro lado. La mala inteligencia está en la expresión *Iberos*. Como ya se ha dicho más arriba, procedía este nombre en verdad de un pueblo, pero después pasó a un país y de aquí muy amenudo se ha hecho más geográfico, que etnográfico. De esta

Ἰβέρων οἰκονομῶν τῶν Ἰβήρων. Aquí no encaja ni literatura ni gramática. Si hubiese debido expresar lo último sería idioma la palabra exacta. Pero escrito y modo de escribir dan el verdadero sentido, y el escrito podía tanto llevarse en el idioma indígena como en el extraño. Florez ha entendido este pasaje perfectamente bien (*Medallas* II. 522.)

(*) Schlözer: *Allgem. Welthist.* XXXT. 339. se explica en verdad aquí muy atinadamente por la opinión de César; pero va por otro lado demasiado lejos y tiene a los vascos, galos y kymris, como él los llama, por tribus igualmente diferentes; pues sus idiomas, aun hoy conocidos, muestran notoriamente, que constituían sólo dos, y galos y kymris pertenecían a lo mismo. Con todo el pasaje aducido, escrito completamente en el espíritu peculiar del excelente varón, queda siempre como el primero, que derramó luz sobre esta materia; por entonces aún muy oscura.

manera lo toma Strabo de ordinario (*); iberos son para él los habitantes de Iberia, con igual significación que nuestro actual *españoles*, si este nombre valiera para toda la Península. Los iberos completamente transformados en romanos, dice (III. 2. p. 151.), se llaman *togati* y entre estos se comprenden también los *celtiberos*. Con igual generalidad emplea la palabra en muchos otros pasajes (III. 1. p. 137. c. 2. p. 141. 146. c. 4. p. 163. 165.). No parece ni una vez tener idea exacta de los iberos, como pueblo propiamente dicho, independiente de sus residencias; pues hablando de los pueblos de la Aquitania propia (IV. 1. p. 176. c. 2, 1. p. 289.), no dice que son iberos, sino sólo, que se parecen a los iberos. De aquí se ha originado una mala inteligencia en un pasaje de su descripción de los Pirineos. Los valles de éstos, dice (III. 4. p. 162.), están ocupados por los cerretanos, que en su mayor parte son un pueblo ibérico. Entiende con esto, que los cerretanos, residiendo precisamente en la linde, pertenecen en parte a Iberia, en parte a Galia; pero se le ha interpretado por la mayoría, como si los cerretanos, que fuesen del todo iberos, solo hubiesen ocupado una parte de los valles (**). En otros pasajes se nombra a los iberos manifiestamente como un pueblo distinto, en oposición a los habitantes inmigrados en España (III. 3. p. 152. c. 4. p. 163. 164.), sólo que enseguida añade siempre la oposición expresamente, o la indica por el contexto. En el pasaje, de que aquí hablamos, es claro, que la expresión iberos se toma meramente en el sentido geográfico general; pues pocos renglones antes dice Strabo, que los turdetanos entre los iberos son los más inteligentes y civilizados (***) y les quiere, sin embargo, conceder indisputablemente con ello la preferencia ante todos los habitantes de la Península. Entendiendo el pasaje de este modo, que no entre los iberos, sino en Iberia, se hablaba más de un idioma, se trae a Strabo a consonancia con Plinio y los restantes antiguos escritores y se halla aun hoy confirmada esta declaración por los nombres de lugares, que han subsistido. Pues evidentemente fué hablado

(*) Diódoro de Sicilia en el notable pasaje sobre los celtíberos es en esto más exacto; habla de iberos e Iberia sólo como nación y residencia de una nación y dice, cuando habla de los Pirineos (V. 35.), expresamente, que separan Galia de Iberia y también de Celtiberia. Por el contrario Polybio (XL. 31 y fr. 14. ed. Schweigh. T. V. p. 57.) emplea iberos y celtíberos como del todo sinónimos.

(**) En la nueva traducción de París se aduce en verdad (I. 473. N. I.) la explicación exacta, que ya dió Marca, pero sólo con el aditamento de que el pasaje también pudiera tener este sentido.

(***) .Σοφώτατοι ἐξετάζονται τῶν Ἰβήρων.

por los celtas en la Península el celta y, como probablemente no todos inmigraron de una región y a un tiempo, quizás hablasen celta de diferente modo, como en Galia misma (*). La misma confirmación en la mira del escrito se deduce aún de las investigaciones tan deficientes sobre las antiguas monedas e inscripciones españolas. Sólo se halla un alfabeto turdetano, es decir ibérico, pero un celtibérico diferente de él, y quizás aún uno en parte fenicio (**). También Erro (*Alfabeto de la lengua primitiva*, p. 98. 244.) concede una diferencia de las letras en las monedas celtibéricas y turdetanas.

40.

Mezcla de los pueblos ibéricos con tribus célticas.

Dos tesis me parecen afirmarse después de lo anterior (35-39.). Los antiguos iberos son el pueblo antepasado de los actuales vascos y estos iberos constituían, extendidos en toda la Península, una nación, que hablaba el mismo idioma, sólo dividida en tribus con diferentes dialectos. La lengua vasca era pues la única de aquel pueblo en España, cuya venida, si no se asentó allí autoctónicamente, acaece antes de toda tradición llegada a nosotros. Debemos ver ahora con qué naciones extrañas vivieron mezclados estos iberos, pues la investigación de los nombres de lugares nos ha conducido a extranjeros junto a los vascos. En las costas se asentaron y muy pronto fenicios, griegos y cartagineses y penetraron más o menos en el interior mismo. Plinio menciona (I. 137, 3.), según Varro, también persas, de cuyas rutas hacia España nada se nos dice en otra parte. Los romanos transformaron una gran parte de la Península, con extirpación de las costumbres e idioma indígenas, en una provincia completamente semejante a Italia. Todas estas inmigraciones las paso, sin embargo, aquí por alto e insisto sólo en aquellas tribus

(*) Mannert parece tomar la cosa así, si bien no entra en la cuestión expresamente. Los iberos puros tienen, según él, un solo idioma (I. 238.); de los turdetanos, que corresponden a los mezclados, no dice nada en este respecto. Strabo no menciona en el pasaje, donde habla de la igualdad de costumbres y género de vida de todos los habitantes de la costa norte (III. 3. p. 155.), el idioma en particular, sino que sólo se deja deducir, que la igualdad se extendía también a él.

(**) Velasquez (*Ensayo sobre los Alfabetos de las letras desconocidas* p. 40).

extranjeras que, también bárbaros (en el sentido, que los antiguos daban a esta palabra) y perteneciendo a la Europa occidental, se habían establecido en España. Son solamente celtas y aparecen en los antiguos escritores en doble aspecto, puramente celtas a orillas del Anas (Strabo. III. 1. p. 139.) y afines a éstos (l. c. c. 3. p. 153;) en la extrema punta noroeste del país, la actual Galicia, además un pueblo confundido con los iberos, los celtíberos. Aquellos no los nombran los escritores romanos y griegos de ordinario celtas, ni galos, o gálatas, sino *Celtici*, probablemente para designarlos como una rama distinta, perteneciente a los celtas, procedente de ellos, pero no constitutiva por sí. La ciudad *Celti* (Plin. I. 138, 8.) tiene indiscutiblemente de ellos el nombre. Estaba, es verdad, no propiamente en territorio de los célticos, pero no obstante, entre Ecija y Mérida, en una región, que no podía quedar sin visitar por estas tribus. Sin embargo, no formaba en los romanos su adjetivo en *cus*, si no en *tanus* (*Celtitanus*) (Florez. *Medallas*. I. 361.), a la manera de las otras ciudades españolas en *i*. La residencia en el noroeste era conocida aun históricamente con las circunstancias, entre las que se sucedieron, y era la más reciente. Aconteció a partir del Anas. Los que habitaban a las márgenes de este río, según Plinio, descendían de los celtíberos (I. 139, 14.). El porqué de que estas dos tribus y sus vecinas no vinieron a ser también un pueblo mezclado, ya no se puede aclarar bien. Tampoco se puede determinar algo acerca de la época de la inmigración de los que habían venido a ser celtíberos. Los conocidos pasajes de los antiguos acerca de ellos (el principal está en Diodorus Sic. V. 33.) nada contienen, que pudiera conducirnos a esto. Hasta queda dudoso si existían leyendas de su inmigración y su fusión con los indígenas, o si ambas cosas sólo se inventaron. como explicación del hecho de que se hallasen mezclados celtas e iberos. Uno u otro debe necesariamente ser el caso, y probablemente se originó el nombre primeramente en las colonias extranjeras de España, pero por noticias, que obtuvieron de los indígenas. En todo caso es mucho más antiguo, que como lo encontramos en la historia romana y demuestra, como ya se ha notado arriba, que también entonces los habitantes del interior, y no sólo los de la costa, se llamaban iberos. Que este nombre le fué dado al pueblo por extraños, queda evidente. Aparecen todavía dos nombres semejantes, aunque no igualmente afamados, el de los *celtoscitae* (Plut. Marius. 11.), con que se nombraba, por ignorancia del verdadero, a los cimbrios y teutones invasores de Italia,

y el de los *celtoligyes* (Strabo. IV. 6, 3. p. 202.), que se aplicaba a los salios o saluvios. De este se dice expresamente, que no sería primitivo, sino originado después. Probablemente no conocían al pueblo tan exactamente, o la mezcla se siguió también quizás más tarde. No sólo en los celtíberos, sino también en los célticos se hallan algunos nombres vascos, aunque en los últimos muy pocos (36.). Plinio afirma expresamente (I. 139, 14.) que los nombres de lugares de los célticos descubrían su origen extraño, y toda su noticia de su abolengo de los celtíberos se funda únicamente en esta diferencia de los nombres, del idioma, y usos sagrados; no, como parece, en leyenda efectiva. Sus nombres de lugares aparecían también en Celtiberia y también en sus nuevas residencias en la Bética llevaban sus ciudades epítetos propios. Estos son, excepto los últimos de los indicados por Plinio, todos latinos. El último: *Emanici* no lo parece y podría bien ser turdetano, también vasco. *Eman*, dar, es una palabra vasca, pero esto sólo demostraría aquí para el sonido, no la etimología. Es de lamentar, que en el otro ejemplo de esta especie parece haber en este pasaje: *Ucultuniacum quae et Turiga nunc est* (Harduin *ad h. l.*) una errata (*), pues el primer nombre, para no interrumpir la construcción toda seguida, debería ser un dativo. En todo caso es *Turiga* un nombre vasco, y con el *nuno* parece solo indicarse, que el nuevo lugar fué así nombrado por sus habitantes ibéricos. De paso tengo que mencionar aquí todavía, que Astarloa (Apol. p. 198.), desechando toda mezcla de celtas e iberos, tiene Celtiberia por una equivocación de Zaltiberia, y esto explica por *Ribera abundante en caballos* (**).

(*) El ejemplo, que inmediatamente precede *Contributae Julia* tiene la particularidad de que no es indígena el nombre procedente de Celtiberia. ¿Habría añadido quizás por esto Plinio a esta ciudad el celtibérico, que los celtíberos le dieron quizás también en su idioma, y sería este nombre *Ucultuniacum* (como aposición de *Julia*)? *Turiga* sería entonces el nombre turdetano y la ciudad tendría cuatro, dos romanos, uno en Celtiberia y el otro en Bética, uno celtibérico y uno turdetano. Como las nuevas ediciones de Plinio ponen detrás de *Julia* meramente una coma, parecen querer indicar realmente esta construcción.

(**) N. del T.— Lo que dice Astarloa como explicación es que «debía darse al territorio del distrito de Zaragoza, llamada *Salduba* o *Zaldua* por los romanos y *Zaldibar* por los bascongados; como lo vemos hoy día en el nombre de una de las Ante Iglesias del Señorío de Bizcaya, que en Bascuence se llama *Zaldibar* y en Castellano o Romance *Saldua* o *Zaldua*: *Zaldibar* en nuestro idioma significa ribera de caballos».— Lo de que los vascos llamasen *Zaldibar* a Zaragoza no tiene ningún fundamento y parece mucho más probable que *Salduba*, o *Saldua*, fuese el nombre indígena de Zaragoza.— V. mi nota del § 17.

Extensión y límites de esta mezcla.

Fuera de los celtíberos y las dos tribus puramente célticas, habitan sin embargo, de ello estoy persuadido, aún en otras partes de la Península celtas e iberos mezclados unos con otros. Mannert ha expuesto sobre ello (I. 237-240.) otro sistema. Según él la costa meridional estaba habitada por iberos, a los que se habían asociado colonias extranjeras. En el interior estaban entremezclados los iberos con los celtas; esta mezcla alcanza sobre todo a los vacceos, carpetanos, oretanos y otras tribus coterráneas, que sin embargo separa él siempre de los celtíberos propiamente dichos. Esto atañe, no obstante, sólo a este país interior, los restantes iberos (es decir los de la costa norte y, según él, también la mayoría de los lusitanos) permanecieron sin mezcla. Yo creo, por el contrario, que la mezcla también alcanzó la costa norte hasta los várdulos, y todos los habitantes de Lusitania, y que los iberos del todo puros sólo se han de buscar desde los várdulos por los Pirineos hasta el Mediterráneo, pero en éste empieza la mezcla con colonias de pueblos venidos por mar, aunque sin adición céltica. El nombre particular del país y pueblo de los celtíberos queda, sin embargo, siempre limitado al territorio del todo interior de las seis tribus conocidas tal como Livius muy atinadamente determina: *Celtiberia quae media interduo maria est* (XXVIII. 1.). Ningún pasaje, que yo conozca, de un antiguo escritor limita la extensión de los celtíberos a la manera de Mannert. Más bien les atribuye alguno taxativamente una extensión indeterminada. «Como su poder había aumentado» dice Strabo (III. 2. p. 148.) «hicieron que también todo el país de alrededor fuese nombrado según ellos. Plinio los coloca de un modo determinado hacia el Océano occidental y del noroeste (I. 139, 14.) en el sitio donde hace proceder los célticos, junto al Anas, de aquellos desde Lusitania, y allí donde dice (I. 230, 6.) que las islas Cassitérides están enfrente de Celtiberia. Pues como siempre distingue él cuidadosamente celtíberos y célticos, no puede en esto referirse a los ártabros (*). También escritores más recientes han tenido ya la misma

(*) Risco (*España sagrada*. T. 32. p. 15.). para demostrar que toda la costa norte estaba ocupada por celtas, se refiere también a Appiano. VI. 28. donde dice que Asdrubal, cuando procuró reunir soldados en

opinión de una mayor extensión de las tribus célticas, como se puede reconocer en Harduin a los pasajes aducidos de Plinio y en las notas de la nueva traducción parisiense de Strabo (I. 389. nt. 3.). Pero lo que eleva esta opinión a certeza y a la vez da los límites de la mezcla es, me parece, la separación ensayada arriba de los nombres célticos, y la línea (23.) señalada como circuito de su territorio. Entre ésta y el Océano no ha quedado por lo menos ningún gran distrito del país libre de intromisión céltica; entre ella, los Pirineos y el Mediterráneo, por el contrario, nunca se ha realizado por lo menos una penetración importante, aunque algunos puntos puedan haber venido a ser célticos, como *Ebura* en Bética y *Edetania* (30.) parecen indicar. Livius refiere (XXXIX. 56.) que los romanos pelearon con los celtíberos *in agro Ausetano*, así bastante alejado de sus límites hacia los Pirineos, y conquistaron algunas ciudades, que éstos habían fortificado allí. Tampoco se infiere del pasaje, que los celtíberos hubieran hecho esto meramente como aliados de los ausetanos, o hasta como tropas mercenarias, como en otros casos eran en las tribus españolas (Liv. XXXIV. 17.). Con todo pudo esta ocupación de un territorio a ellos extraño ser solo casual y pasajera. Sólo que los casos de esta especie demuestran siempre, que la mezcla de los iberos con celtas por lo menos no se puede limitar ya, como aquí ha sucedido. La opinión de Plinio sobre Lusitania en particular se confirma con fuerza por esta investigación, pues una gran parte de todos los nombres célticos se halla en esta provincia. Yo creo (25. 29-31.) haber traído la prueba de la extrañeza y del origen céltico de ciertos, nombres españoles, de manera que en justicia ninguna duda puede quedar ya. Los nombres terminados en *briga* dan en esto la guía a la mano y, si las etimologías, por verosímiles que puedan también ser, sin embargo, amenudo dejan todavía incertidumbre, nada de importante queda a mi entender que objetar contra el modo de demostración, elegido por mi. Si es evidente que estos nombres, fuera de España, se presentan en todas partes, donde hubo residencias de celtas o vías de emigración; si

la costa norte, pasó a Galia con los celtíberos tomados, a sueldo. Pero entre éstos no entendía él las tropas, que primero estaba ocupado en reclutarlas en la costa norte. sino aquellas que antes había reunido en Celtiberia. Esto está claro en c. 24. Más demostraría el pasaje, igualmente aducido por Risco, de Xiphilinus (*Exc. e Dionis libr. 53. ed. Leunclavii. p. 71.*), en donde nombra a los astures y cántabros, Κελτιχαιθνη, si este compendiador ulterior pudiera en general valer como autoridad donde evidentemente dice otra cosa que Dio.

lo mismo, es el caso también en España, donde la permanencia de pueblos célticos es históricamente segura; se puede a posteriori concluir con seguridad, que también habrán habitado los celtas donde se hallan estos nombres, sin que sea conocido históricamente, que la tribu originaria se hubiera mezclado allí con extranjeros. Pero como con los nombres en *briga* sucede, según he mostrado, con un número de otros, que siempre alcanza a fundar una prueba por inducción.

42.

Etimología de la terminación *briga*.

En cuanto a la etimología creo haber demostrado, que *briga* no es sonido vasco. En ningún antiguo escritor se le designa (*) como palabra española. Festus dice (v. Lacobriga) sólo, que el nombre *Lacobriga* se compone de *lacus* y de la ciudad española *Briga* (así un *nomen proprium*). En contra hay dos derivaciones de palabras muy afines en los antiguos, una del celta, la otra ya arriba mencionada (33.) del tracio. Según el escoliasta de Juvenal (*ad Sat.* 8. v. 234.) se llaman Allobroges gentes venidas de otra tierra, de *brogae* en celta en los galos tierra de labor y *Alza*, otro (**). En realidad se llama aún hoy en ambos dialectos de la Baja Bretaña y Gales *bro* no sólo un campo labrado, sino también en general una región, un país, y *all* otro (Owen y Le Pelletier Dict. hh. vv.). La misma palabra contenían también en su nombre, los vecinos de los *allobroges*, los *latobroges* pero de ordinario a éstos se les llama *latobriges*, y un remero mencionado por César (*de bello Gall.* II. 3.) *Antebrogius*. Del origen tracio de βρια se ha pensado arriba (33.). Esto era, sin embargo, según Hesychius, también una palabra griega, aunque quizás importada únicamente de los tracios a los griegos, con tanta frecuencia residentes en Tracia. Significaba en el país una aldea y su significación se había extendido, o todavía no se había limitado: pues puede haber sido uno y otro caso, según se adopte como primitivo *ciudad* o *región*. Se podría también tener *briga* por una palabra con χυργος (como se ha comparado con *Burg*)

(*) En los recientes sí aparece, pero sin testimonio valedero, en Re-sende *de antiquit Lusitaniae*. l. 4. p. 196.

(**) *Ideo autem dicti Allobrogae, quoniam brogae Galli agrum dicunt, alla autem aliud. Dicti igitur, quia ex alio loco fuerant translati.*

con consonante trastocada, lo que no es forma lingüística desusada, y *Elibyrge* (14.) en Tartessus lleva Stephanus a este caso. Sólo que todas estas derivaciones de formas de palabras de idiomas cultos, a que corresponde de preferencia la de Cluver (*Germania antiqua*, p. 49-51) para *Brücke*, son sumamente inverosímiles y no creo que se pueda ir más lejos, que a decir, que había una antigua raíz *bri* o *bro*, la tierra, país, residencia, ciudad, y de la cual proceden todos estos nombres. Que esta raíz pertenecía a los celtas, parece demostrado. Pero podría también a la vez ser propia de otro idioma, como hay varias palabras raíces comunes a la mayoría de los idiomas europeos. Me parece muy verosímil, que las vascas *iri* y *uri*, si se busca en grados más lejanos, conexionarían con esto. De este modo no se necesita opinar con Goropius Becanus (*Hispanica*, p. 24.), que los iberos y tracios hablaban el mismo idioma, para no tener por extraños el tracio *bria* y el céltico *briga* en España y Portugal. Más por el sonido que por la significación son diferentes de *briga* las terminaciones *britium* (*Eburobritium*. 24.) y *briva* (*Samarobriva*. 29.); *britium* parece conexionarse con palabras célticas, que significan jurisdicción. *Vergobretus* se llamaba (Caes. *de bello Gall.* I. 16.) el magistrado supremo en los aeduos, y Oberlin (ad. l. c.) explica esto muy justamente del irlandés *fear go breith* (*escocés breath*), varón a la justicia. En la Baja Bretaña se llama *breuta* conducir procesos y *breut* justicia (Le Pelletier, v. *Breugeou*), en Gales *brawd* jurisdicción, y *brawdwr* juez (Owen.). Como los tribunales de los señores feudales en la Baja Bretaña se llamaban *breugeou*, *breujou*, así podría venir de esto mismo la significación de *briga* como ciudad. Sólo que lo dicho arriba me parece más exacto. *-briva* se explica por *Brücke*. Esto únicamente se ha tomado de *Samarobriva*, puente del Somme, aunque Mannert (P. 2. T. 1. p. 196.) recuerda oportunamente, que para el nombre del río, nunca en especial mencionado por los antiguos, no se tiene otra prueba, que el nombre de la ciudad. Con todo, por otra parte es exacto que los únicos lugares, en que además se halla la terminación, son tales en que se revela el residuo del nombre *agua*. Son, a saber, en Britannia *Durocibrivae* y dos *Durobrivae*. Poco distantes del uno estaba el lugar *Durolipons*, que parece una traducción. No obstante es chocante siempre que ninguna palabra semejante se pueda presentar para esta significación en los restantes idiomas célticos y que signifique puente (*).

(*) N. del T.— Puente en alemán es *Brücke*.

43.

Correspondencia de los celtas ibéricos con los iberos y galos. Costumbres, carácter y usos litúrgicos de estas tribus.

Pero ¿de qué modo se realizó la fusión de ambos pueblos, si se ligaron en un estatuto; o si los indígenas fueron en parte suplantados por los inmigrantes y subyugados, qué influencia ejerció la unión sobre las costumbres? sobre todas estas preguntas los antiguos escritores nos dejan en completa oscuridad. Sus descripciones sólo nos descubren en conjunto la impresión de que las tribus célticas en Iberia eran muy diferentes en carácter y costumbres con respecto de los galos, y que entre los pueblos de la Península no se muestra ninguna diferencia tan grande y chocante, como se habría de presumir en dos naciones independientes de diferente abolengo. La unión debe haber persistido muchos siglos y tampoco ha sido de un modo muy violento, para dejar al indígena bastante fuerza e independencia hasta hacer su peculiaridad la predominante. Pues no es de negar, que los celtas de la Península se habían hecho más a los iberos, que éstos a aquéllos, y que la impresión total, que producen sus habitantes en todas las descripciones. y narraciones, es casi tan diferente de la de los pueblos galos, como opinábamos lo mismo arriba (31.) de los nombres de lugares. Ambas manifestaciones son entre sí casi completamente iguales. Sin embargo, las tribus celtas eran muy importantes en número y de influencia política prepotente: pues los celtas eran el pueblo con mucho el más poderoso y el más difícil de vencer en la Península, y se extendieron, aunque también renunciemos a todas las pruebas por meros nombres, por todo el interior y una gran parte de la costa occidental. Se pregunta, con todo, muchas veces, si se pueden comparar los celtas ibéricos tan directamente con los galos. Los antiguos van a la obra en esto con mucha precaución. No se sirven del mismo nombre, nómbranles exclusivamente *Celtici* y no usan este nombre, cuando hablan de los celtas en general, o de los galos (*). (Strabo:

(*) Hacen una excepción las Excerpta de Diodorus 25 libro (Ecl. 2.), donde Istolaios, que pelea contra Hamilcar, es llamado στρατηγος των Κελτων y donde, sin embargo, sólo puede ser cuestión de tribus célticas en España. El nombre está aquí de la misma manera que en Herodoto y se tiene que considerar la distinción más exacta arriba notada como de época ulterior, en que el país era más conocido. Eratósthenes

Κελτοι. III. 4. p. 164.). Que acaecieron transmigraciones hacia Galia y de ella, sabemos; los galos, que conocemos por los romanos en tiempo de César y en general también antes, pueden por tanto haber sido muy diferentes de los aún más antiguos y en cierto modo más primitivos. Aun sin transmigraciones pueden haber adoptado en el transcurso del tiempo usos y costumbres, que antes les eran extraños. Hasta parece que no es menester pensar, ni es necesario ni acertado, a los celtas ibéricos precisamente como colonias o tribus desgajadas de las que habitaban en Galia. Mannert (P. 2. T. 1. p. 23.) anota muy atinadamente, que probablemente ya en la primera ruta de los celtas hacia Galia se abrieron camino hasta Iberia. Si hubo más de una de estas marchas, pudieron las tribus, que después aparecen en Iberia, haber dado lugar en Galia, como más antiguos pobladores a nuevas inmigraciones. Hasta no sería imposible, que en la Península misma se hubieran asentado autoctónicamente con los iberos y sólo hubieran sido más comprimidos cuando fué ocupada la costa meridional por extranjeros. Pues no admite ninguna duda que habitaban celtas una parte de Galia, la oriental, todo lo más atrás que nuestra historia alcanza, y es muy inseguro, qué extensión tuvo esta residencia y si no llegó hasta donde lo permitían las de los iberos y ligures. Acerca de la noticia de Diódoro de Sicilia y Appiano (VI. 2.) de su penetración, la guerra contra los iberos y su reconciliación con ellos no hay que fiar como sobre algo históricamente decidido, aunque también Strabo, por cierto (III. 4. p. 158.) lo vió así. El único hecho verdaderamente histórico era la convivencia de las dos naciones y para explicar esto se formó, sin duda, aquella leyenda. No es verosímil que se hubiese mantenido por tradición independiente desde tan lejanos tiempos y regiones tan poco conocidas. No obstante reconozco que yo me hubiera declarado

colocó un pasaje de su obra a los gálatas (galos) hasta en Gades, pero no lo mencionó después en su descripción de Iberia. Polybius (XXXIV. 7, de Strabo. II. p. 107.) censura esta contradicción. En un encuentro de Cn. Scipio contra Mago y Hasdrubal aparecen en Livius (XXIV. 42.) *Gallica spolia, y duo reguli Gallorum, Moenicaptus et Civismarus*. Pero esto no se entiende de los célticos o celtíberos, sino de las tropas auxiliares de Galia. La expresión *Galli* nunca se emplea para los celtas españoles, y la terminación del nombre *Civismarus* se halla varias veces en Galia, pero nunca en España. Sin embargo, no sabría yo, que en ninguna otra parte se hubiesen nombrado tropas auxiliares galas en el ejército cartaginés en España; las palabras del mismo pasaje: *sed gens nata ins-taurandis reparandisque bellis*, que se podrían relacionar, por lo que sigue, con Galia, no van, sin embargo, a España, como lo muestra la comparación de XXIII. 49. y XXVIII. 12.

siempre por la opinión de la inmigración. Si hubiesen poseído España los iberos y los celtas a la vez, antes de toda memoria humana, y no que unos viniesen a las residencias de los otros, los hallaríamos también, con toda probabilidad en lugares diferentes. La mezcla, tal como existía por el testimonio de los escritores y los nombres de lugares, no es de explicar en esta hipótesis. Que por lo demás en la parte de Iberia, que ya poseía cultura indígena efectiva, los más rudos celtas aceptasen esta cultura más y más pronto, es natural y está dicho expresamente de los célticos del Anas por Strabo, según testimonio de Polybius (III. 2. p. 151.). Se ve por este pasaje, que también donde no se había verificado la mezcla íntima productora del nombre unido, sin embargo, iberos y celtas celebraban matrimonios entre sí. Pues tenía Strabo en el pensamiento la comunidad de linaje resultante de tales uniones, cuando dice en el pasaje citado, que los célticos obtuvieron por la vecindad y la *alianza* (συγγενείαν) con los turdetanos costumbres más apacibles e instituciones políticas. En un verdadero parentesco de sangre y estirpe, como admite Strabo, al emplear la misma palabra (III. 3. p. 153.), entre los célticos del Anas y de la costa noroeste, no puede pensarse aquí, pues por otro lado en ninguna parte se menciona tal cosa entre iberos y celtas y este pasaje está además destinado manifiestamente a describir sólo las consecuencias de la convivencia de estos célticos con los turdetanos (*).

(*) Aceptando aquí yo que los celtas se extendieron también por la costa norte de España y que no necesitaban proceder forzosamente de los galos, tal como conocemos a éstos, no puedo dejar sin mencionar que Risco (*España sagrada*. T. 32. p. 1-33.) presenta igualmente estas suposiciones. Sólo que lo hace en consecuencia de un sistema del todo diferente y, a mi entender, absolutamente erróneo. Según él es España y Portugal la patria propiamente dicha y residencia primitiva de los celtas; éstos son los que, expulsados de allí por iberos y ligures, atravesaron los Pirineos y poblaron con celtas la Galia. La mezcla con iberos se verifica sólo en pequeñas masas y por este camino Lusitania es su primitiva y principal residencia, de donde se expanden por todo el norte y occidente. de manera que los cántabros, vascos y los habitantes de Aquitania serían puros celtas. Esta opinión se basa sobre los conocidos pasajes de Herodoto falsamente interpretados por Cl, sobre el testimonio de Plinio en cuanto a las residencias de los celtas en Lusitania. la declaración de Strabo de la igualdad de costumbres de todos los habitantes de la costa norte y el pasaje más arriba pensado, también mal comprendido, de Avieno, de la expulsión de los ligures por los celtas. La refutación de esta idea está hecha por sí en toda mi actual investigación. Risco cae en la falta esencial de no poner como base ninguna idea terminante de los distintos nombres de pueblos y quedarse completamente sin cuidado por lo único, en que se pueden diferenciar las tribus, los idiomas. Según su sistema deberían haber tenido Galia e Iberia los mismos idiomas, o por lo menos, si bien con matices, meramente célticos. La estirpe de pue-

Que celtas e iberos son estirpes de pueblos del todo diferentes, cada una con idioma peculiar, lo atestiguan los antiguos notoria y terminantemente (Strabo. IV. 1. p. 176. c. 2, 1. p. 189.). También los más calificados de los escritores recientes concuerdan en ello (*). Sólo buscan llevarnos a la duda aquellos, como Bullet, Vallancey y otros, que querrían asignar toda la Europa occidental exclusivamente a los celtas. Los iberos eran en general pueblo más pacífico y tranquilo. En vez de que ellos mismos hubieran intentado movimientos exteriores fueron expulsados poco a poco del Ródano hacia el occidente. Podría esto haber estado en su carácter, o en que, como Strabo (III. 4. p. 158.) dice, evitaban uniones con otros por arrogante confianza en sí, por lo cual, sin venir a grandes empresas (**), sólo se aplicaban a pequeñas rapiñas; queda el fenómeno siempre el mismo, y los distingue claramente de los galos. En las guerras contra los romanos eran porfiados y perseverantes, pero también de preferencia sólo los mezclados con celtas. Tampoco puede olvidarse que en su mayor parte fueron exasperados por los romanos, que muchas guerras se produjeron por la rapacidad de los pretores, varias sin el asentimiento, algunas contra la voluntad del pueblo romano. Una vez exasperado su amor patrio, su apego a su libertad y sus amigos, su desprecio de la muerte y su fiereza de todo esto originada eran sin límites. Rapiñas emprendían sobre todo los montañeses y lusitanos en todo caso con regularidad; pero se veían forzados a ello por la necesidad y por la cantidad de gente siempre creciente. La costumbre de ordinario venida a ser constitucional, de la salida anual de una parte de los, varones útiles para las armas, explica bastante esto. El estado de guerra, que se hizo casi permanente en España por los romanos, tenía también que aumentar la rudeza y con esto el mal mismo, que debería extirpar. Sólo podía ejercer una alteración la completa subyugación; pero ésta sólo se alcanzó paulatinamente, y, como ha señalado de un modo muy penetrante Mannert, después que Sertorius reunió las diferentes

bles de los iberos la pasa casi del todo por alto, y en ninguna parte de su disertación se reconoce qué opinión abriga en realidad sobre los turdetanos y el resto de la costa meridional. Favorece por esto también en absoluto la hipótesis, expuesta por mí como inverosímil, de que los celtas ocupaban autoctónicamente a España. Sin embargo, resalta siempre con claridad, que él ha sentido, que no se pueden limitar las tribus célticas en Iberia a un espacio demasiado pequeño y que entre ellos y los galos, después conocidos, concurrían diferencias marcadas,

(*) Niebuhr: Röm. Gesch. I. 113.

(**) Florus. II. 17, 3.

tribus y las atrajo a costumbres e instituciones romanas. Si se tiene presente, que los iberos antes habían ocupado la mayor parte de la costa meridional gala y, como veremos más adelante, se hallaban en todas las mayores islas del Mediterráneo, parece que aprendimos a conocerlos sólo en la época en que su extensión y magnitud estaban en menguante y que, en parangón con los habitantes ya conocidos de Galia, puesto que tales determinaciones siempre han de ser sólo relativas, pertenecían a una estirpe anterior. Sobre esto se manifiesta también la estructura de su idioma, comparada con la del antiguo britano. Ahora me parece a mí, no una fantasía poética tan sólo, que estas estirpes humanas anteriores mantuviesen y cambiasen sus residencias amistosamente. Si se admite la paulatina población del mundo, el acosamiento y contiendas por el palmo de terreno nutricio sólo puede corresponder a época ulterior. Apenas poseemos fragmentos acerca de la organización de los diversos pueblos; pero lo referido (Diodorus Sic. V. 34.) de la repartición anual de tierras y la comunidad de los frutos cosechados en los vacceos rememora un estado social muy primitivo. Los iberos nunca inspiraron a sus vecinos de fuera de España recelos de campañas enemigas, ni aun después de su unión con celtas. Ya en esto radica una diferencia importante contra la Galia. Pero más decisivo e importante es, que algunas de las instituciones peculiares y rasgos de carácter de los galos parecen haber sido completamente extrañas a los celtas ibéricos. De los primeros les faltaba la institución de los druidas y bardos y el régimen sacerdotal; pues ciertamente los antiguos escritores no lo hubieran llamado, si también los celtas hispanos hubiesen conocido estas organizaciones. Es de notar que los druidas, según César (*de bello Gall.* VI. 13.), vinieron de Britannia a Galia. Aunque esta leyenda fuese errónea, o se hubiese de explicar de otra manera, demuestra por lo menos, que no se consideraba la institución de los druidas como de principio propia de todas las tribus célticas. Tiene que haber sido también desconocida por los iberos, pues en ninguna parte se hace mención de ella y, si en la antigua España, como en Galia, hubiese dominado, habría producido una reunión de las diversas tribus, lo que allí no se encuentra: pues todos los druidas, bajo cuya influencia estaban las naciones, tenían como es sabido un jefe y asambleas comunes.

Quizás se liga con esto que, como arriba (5.). se hizo notar, al idioma vasco no le es propio, como p. ej. al de Gales, el paso regular de las letras recíprocamente, según las posiciones, que tienen

en la frase, y la reconducción firme de las palabras a sus sonidos radicales. Pues no habría de ser una suposición del todo incierta, que un cultivo tan artificioso de la estructura gramatical del idioma se adscriba de preferencia al cuidado de instituciones de sacerdotes y cantores, que fuesen quienes solamente se hallaban en posesión de todos los conocimientos eruditos (*).

En las costumbres y el carácter de los celtas de una y otra parte de los Pirineos se hallan también diversas diferencias. Los galos son culpados, sea con razón o sin ella, de una gran propensión a la pederastia (Athenaeus. XIII. 79. Diodorus Sic. V. 32.). De los celtíberos nada se menciona, que permita concluir sobre este vicio contra naturaleza. Parecen en este punto haber sido semejantes a los iberos, que preferían sacrificar su vida, que su castidad (Strabo. III. 4. p. 164.). También de la fiereza clamorosa, ostentación vana y exageraciones, que se achacaban a los galos (Diodorus Sic. V. 31), parecen haber quedado exentos sus parientes en Iberia.

Pero aunque algunos de los rasgos más principales de las costumbres e instituciones galas no se hallaran en los celtas ibéricos, se diferencian, sin embargo, siempre de los iberos puros. El testimonio de Plinio no deja lugar a ninguna duda. Que los célticos, dice, han venido de los celtíberos de Lusitania, es evidente en su servicio divino, su idioma y sus nombres de lugares. Además había permanecido, según esto, en los celtíberos idioma y servicio divino puramente célticos, y no se había mezclado con modos ibéricos; si no se puede atribuir algo de lo tajante en esta opinión a la particularidad de este escritor, que se solaza en dar a su estilo colores chillones y chocantes. En ningún otro antiguo escritor es, por lo menos, el contraste tan fuerte, y es de lamentar en todo caso, que falte al cuadro, en conjunto tan agudamente indicado, la distinción de los rasgos particulares. Strabo tiene en esta descripción de costumbres de Iberia evidentemente otro fin, que el etnográfico. Quiere mostrar cómo la diferencia de costumbres es consecuencia del clima, del suelo, y de la posición social, Describe primero a los turdetanos (III. 1. p. 139.), que por sí mismos alcanzaron ya un alto grado de cultura, luego los lusitanos, o más exactamente los habitantes del distrito entre el Tajo y los célticos del noroeste (3. p. 154.), y después los montañeses (**) (p. 155.), a que refiere todos los pueblos

(*) N. del T.— Véase la nota (1) de la pág. 552.

(**) La reciente traducción parisiense (I. 447.) refiere todavía todo este pasaje de los montañeses a los lusitanos. Traduce *Ἀπαντες δὲ οἱ ορειοί.*

de la costa norte desde los galaicos hasta los vascos y los Pirineos; por último añade (4. p. 163-165.) algunos rasgos generales sobre todos los iberos. El celtíbero menciona sólo, en cuanto le lleva ocasionalmente hacia aquellas descripciones; adrede y por separado no los describe y aún menos de manera que indicase su diferencia de los iberos. Ni una vez le ocurre que hablen su propio idioma, lo que demuestra tanto más que esto ya creía haber indicado él en otro pasaje. Diódoro de Sicilia, en cambio, presenta, en el pasaje amenuado citado, a los celtíberos en particular y los compara también con los lusitanos. La principal diferencia está aquí en el modo de guerrear y las fases del carácter, que esto determinan y por las que se desarrollan. Mannert (I. 393.) lo ha trazado muy parecido. Los lusitanos pelean más con ardid, presteza y soltura, pues estos eran los rasgos de carácter hereditarios de los iberos (Strabo. III. 4. p. 158, 163.); a los celtíberos no les faltaba soltura y presteza, pero eran más violentos y valerosos en ataque abierto y lucha a pie firme, que aquellos. También en las armas había diferencia, pero la más importante sólo en el tamaño del escudo. Los celtíberos conservaban el largo de los galos (*), mientras que los lusitanos, conforme a su modo de pelear, preferían uno pequeño, con que con facilidad contraparan al golpe en todas direcciones. El ataque libre de los celtíberos requería en general armas de mejor protección, miraban por eso también más a la seguridad por el yelmo y la coraza. El armamento lusitano se consideró como el peculiar de toda la España de aquella parte, el celtibérico como el de la citerior (*scutatas citerior & provinciæ, et cetratae ulterioris Hispaniæ cohortes*. Caes. de bello civ. I. 29.). Pero como para el ejercicio completo de la guerra. tenían que combinarse ambos, el ligero y el pesado, se presentan

tous ces montagnards y Τραγοφάγουσι χ. τ. λ. *Les Lusitans préjèrent cet*. Esto no parece exacto. Sólo en cuanto los lusitanos son montañeses se acomoda a ellos lo dicho. El país entre el Tajo y la costa superior tenía también, sin embargo, llanura y la conexión muestra evidentemente, que Strabo hasta las palabras: α. δ. ο. quería hablar exclusivamente de los lusitanos y de allí adelante no ya de una tribu, sino de habitantes de una región semejante.

(*) Si los escudos ibéricos y galos se describen como iguales, o por lo menos semejantes (Polybius. III. 114. Livius. XXII. 46.), esto sólo puede valer de los celtibéricos, al menos no de los lusitanos. Que es verdad que el escudo galo no cubría completamente el cuerpo, se destaca de Polybius (II. 30, 3.) y Livius (XXXVIII. 21.); pero no, porque le faltase en longitud, sino en anchura y curvatura. Wesseling (*ad Diod. V. 30.*) ha aclarado bastante esto y lo ha confirmado con autoridades. Es por tanto erróneo, que en las notas de Schweighäuser a Polybius (Vol. V. p. 699) diga de los escudos galos; *scilicet brevia erant*.

también escudos pequeños y *milites cetrati* en los celtíberos (Diodorus Sic. V. 33.), los carpetanos (Liv. XXIII. 26.) y en general en la España citerior (*cetrati citerioris Hispaniae* Caes. de bello civ. I. 48.). Sólo, que no se ve en ninguna parte que los lusitanos se hubiesen acostumbrado a los escudos largos y pesados (*). En las cargas de caballería no parece haber habido ninguna diferencia. La pelea alternada a pie y a caballo era común a ambos. Por el contrario, el género de vida ordinario no era el mismo. Los iberos eran más sobrios; aun los mejor acomodados comían poco y en verdad, según se les inculpaba, por avaricia (Athen. II. 21.). Los montañeses se alimentaban dos terceras partes del año de pan, que preparaban de bellotas madas (**). Los celtíberos, en cambio, vivían con mayor abundancia,

(*) Una descripción detallada, según monedas, del armamento español se halla en Florez (*Medallas*. I. III y sig.). Según Diódoro de Sicilia los celtíberos envolvían las piernas con cubiertas hechas de pelos, και περι τας χνημας τριχνας ελουσι χνημιδας. Esto es aun hoy día costumbre en Vizcaya, sólo que la cubierta, llamada *Chapinua*, no es de pelos y fieltro, sino de lana. En vez de las medias se lían tiras de tejido de lana desde la punta del pie alrededor de la pierna y atan y sujetan con bramante, asegurándose en la *Abarca*, una suela, que sube un poco a lo alto alrededor del pie. El campesino se hace él mismo estas últimas con cuero de vaca (**). Se ha conservado, pues, una costumbre celtibérica en los actuales vascos. El calzado, en que Séneca todavía en su tiempo (*Consolatio ad Helviám*. 8.) reconocía a los descendientes de los cántabros, era probablemente el mismo.

(**) N. del T.— Véase en el diario del viaje vasco (G. de Humboldt y el País Vasco; traducción de T. de Aranzadi; Soc. de Est. Vascos. 1925; p. 70.— Mucho más rudimentarias que las abarcas vizcaynas (así llamadas en Santander) son las de Aragón, Castilla, la Mancha, alrededores de Roma, etc.; aquellas son cerradas y cosidas por delante, como las balcánicas y lituanas, mientras que las últimas son abiertas.

(***) *Artea* es una especie de encina. Si bien lleva también este nombre la que da bellotas comestibles, y que también crece en el norte de España, procede el vascuence *artoa*, pan, probablemente de ello, y de la costumbre del antiguo pan de bellotas, que también recuerda Juvenal (VI. 10.) *glandem ructante marito*. Esta derivación es menos próxima que la de *aratu*, arar y más probable que la del griego αρτος (****).

(****) N. del T.— Aranzadi (La flora forestal en la toponimia euskara. San Sebastián. 1905. p. 6 dice «Humboldt anduvo muy equivocado al relacionar *artoa* y *artea*, suponiendo que los primitivos vascos comieron pan de bellota: ni en el país hay bellotas dulces, ni Estrabón nudo referirse a los vascos hablando de quienes comían bellotas, sino a los antecesores de los extremeños y manchegos actuales, que en esto, como en algunas otras cosas, conservan usos y costumbres de la antigüedad».— El mismo autor (Problemas de Etnografía de los Vascos. Rev. Int. de Est. Vascos. París. 1907. v. 161 dice que Humboldt desconoció la sucesión de mijo a maíz.... ni entre *arto* y *arte* hay más relación que la que pueda haber entre *garo* y *gari*. ni el nombre de la borona se había de derivar del del árbol sino del fruto. En la traducción francesa de Strabo, § 15 se dice que «tal es el género de vida de todos los montañeses y, como ya lo he dicho, entiendo con este nombre los diferentes pueblos de la costa oriental (?) de Iberia hasta el país de los vascos y el Pirineo a

comían mucha carne de toda clase y la hospitalidad era en ellos virtud y punto de honor. La mantequilla sólo se mencionaba en los montañeses del norte, no en los celtíberos en especial (*). También en las bebidas de ambas naciones se halla una diferencia: los iberos de la montaña bebían además de agua Zythus, una bebida preparada con cebada, los celtíberos una especie de aguamiel o aloja pues en sus bosques había muchas abejas. Sin embargo, aparece también en ellos aquella, con el nombre indígena Celia (**) (Florus. II. 18, 12.), así como que se dedicaban a la labranza, lo mismo que los iberos (***). Se ha de guardar uno en general de confundir con los salvajes, tal como los hallamos hoy en día en América y Oceanía, a los pueblos, que los antiguos llamaban bárbaros. Estaban de todo punto sobre otro grado de cultura y es en general muy cuestionable, si aquel estado de fiereza que, con todo, también en América sufre muchas modificaciones, es evolutivo, o más bien el de una sociedad destrozada por grandes perturbaciones y reveses, desgarrada y agonizante. Tengo lo último con mucho por más verosímil. Aparte de las diferencias aquí mencionadas, apenas hallo anotadas otras importantes entre los iberos y los celtas ibéricos. Por el contrario, tenían unos y otros muchas cosas de común. En gran parte no se puede, en verdad, sacar ninguna consecuencia de aquí. Muchos

saber, galaicos, astures y cántabros»: es de observar que, como en la traducción francesa de Humboldt, tendremos que entender aquí occidental en vez de oriental, para que se trate de galaicos, astures y cántabros; por tanto se trataría, según Humboldt, de celtas y no de vascos ni iberos.

(*) Compárese lo que se nota muy atinada y agudamente en Ritter: Vorhalle Europäischer Völkergesch. (p. 357.), sobre el origen de la preparación de la manteca de vaca, que pasó de los bárbaros a los griegos, y fué una costumbre característica de los pueblos nórdicos y germánicos. Que también era propia de los iberos apunta al origen del pueblo.

(**) Orosius describe (V. 7. ed. *Havercampi*, p. 302.) la preparación y deriva la palabra a *calesiendo*. Como no podía derivar con facilidad *celia* de *calidus* y era nacido español, lo explicaba probablemente en esta etimología por una palabra española, que expresaba esta idea. En el actual euskera sólo conozco yo *quea*, humo (también *guea* y en dialecto labortano *kea*) y *quedarra*. hollín ten dialecto labortano *kelderra*), que pudieran dar en todo caso pretexto para tal derivación. Pero, si bien el castellano quemar procede de aquí, no encuentro, sin embargo, ninguna palabra vasca, derivada de esta sílaba radical y que significase *quemar, cocer, tostar*.

(***) Mannert (I. 394.) les priva de ello: sólo que varios pasajes de los antiguos demuestran lo contrario. Yo alego sólo de Appiano, que la indignación resultante de la dejación del trabajo de sus tierras movió a los numantinos (VI. 79, 29.) a proposiciones de paz, que Scipio en Numancia hizo segar el trigo en verde (VI. 87, 16.), que Gracchus asignó tierras a los menesterosos entre los habitantes de Complega (una ciudad celtibérica), etc. (VI. 43, 83.)

rasgos de las descripciones de los iberos de montana, el ser aguados, el yacer en el suelo (*) la sencillez de su género de vida, la indolencia por toda mejora del mismo, el desprecio de todos los menesteres caseros, que recaían del todo en las mujeres, la fortaleza (**) y endurecimiento de éstas, el valor y el desprecio casi indiferente de la muerte, son de naturaleza general y no delatan un carácter nacional determinado, sino el estado social en general, y el grado de cultura del pueblo. Sin embargo, algo se caracteriza también de particular en ello. Así el desprecio a la muerte en los iberos estaba fundado solamente en motivos nobles y no se halla ningún ejemplo de que vendiesen su vida por dinero, o por unos cuantos vasos de vino, una locura, que casi llega a lo increíble y que se cuenta de los galos (Athen. IV. 40.). Algunas costumbres y fases de carácter, que son de naturaleza menos general, tenían de común los iberos con los galos, A esto corresponde, ante todo, la costumbre de dedicar su persona y su vida a un hombre estimado. Sertorius tenía a su alrededor, según la narración, quizás exagerada, de Plutarco (c. 14.), miriadas de tales guerreros. Estos nunca sobrevivían en la lucha a quien se habían dedicado y, si fenecía lejos de ellos, se adherían su nombre también después de su muerte, como demuestran los calaguritanos (***) por un ejemplo y el horroroso sacrificio de todos sus mujeres e hijos (Val. Max. VII. 6. Ext. 3.). Pero no se dice, y me parece dudoso, si también en ellos valía como deber el morir, si perdía la vida por enfermedad o accidente, como en los galos (Athen. VI. 54.). En la muerte de Sertorio se hubiera mencionado. Esta exageración de un sentimiento naturalmente noble pudo dimanar de la superstición o de un deseo inmoderado de fama, que los escritores romanos y griegos achacan a los galos. Que estas dedicaciones también eran propias de los celtíberos, lo dice expresa-

(*) Hom. Ilias. XVI. 233-235 (I).

(I) «Ζεύ ἄνα, Λαδωναιε, Πελασγικέ, τηλόθι ναίων Λαδώνης μεδέων θνησιμέρου ἀμφὶ δι Σελλοὶ σοὶ ναίουσ' ὑποφῆται ἀνεπτόποδες χαμαιεῦναι»

(**) El endurecimiento del sexo femenino se ha conservado en el país vasco y las provincias de España noroccidentales limitantes; en ninguna parte ejecutan las mujeres trabajos más fatigosos y llevan tan grandes cargas. Que esto realmente es todavía peculiaridad castiza, se puede deducir de que sólo se encuentra allí, en las provincias donde se han mantenido sin mezcla los descendientes de los primitivos habitantes, y no en el resto de España.

(***) La inscripción, que Swinburne ha tomado de los Anales Catalánicos (Trad. de Strabo en París. I. 487.) y que trata de la dedicación de muchas multitudes a los manes de Sertorio, no puede considerarse como auténtica. Ya la inscripcion de *terrae mortalium omnium parentis*, me parece sospechosa.

mente Valerius Maximus (II. 6, 11.). Iberos y celtas además comían sentados, no echados como griegos y romanos, pero los galos en tierra, los iberos sobre asientos dispuestos en las paredes de la casa. Unos y otros observaban también una diferencia de orden en los puestos, y la repartición de las viandas (Athen. IV. 36.). Era común a los cántabros y celtas la costumbre, de que hombres y mujeres se lavasen con orina y frotasen los dientes con ella, costumbre, que se mantuvo también por motivos higiénicos por los celtíberos, en otros casos descritos expresamente como aseados. Que también en otras partes de Iberia fuese ello usual, no se dice. En el color del traje se diferencian bien los iberos de los galos y en esto los celtíberos hablan cambiado la costumbre paterna por la extraña. Los varones llevaban toda ropa negra, de lana basta, parecida a pelo y las mujeres, por lo menos en parte, tales velos; los galos se adornaban con colores abigarrados. El color negro, sin embargo, sólo en el traje casero de los españoles en tiempo de paz. En la batalla de Cannas (Pol. III. 114. Liv. XXII, 46.) se distinguían precisamente los españoles por el blanco brillante de sus ropas de lienzo, adornadas con tiras purpurinas. De esta manera cambian los matices de semejanza y diferencia entre los iberos y celtas ibéricos de modo que, aun la comparación más cuidadosa, no da, ni con mucho, tantas ilustraciones sobre su peculiaridad respectiva, como sería necesario para poder juzgar el grado de fusión de ambas naciones con alguna seguridad.

Puesto que Plinio aduce taxativamente como prueba de la diferente procedencia de los célticos su servicio divino, es muy de lamentar, que los geógrafos e historiadores de la antigüedad nos hayan dejado sobre esto tan escasas noticias. De la mención de ofrendas de toda clase, del sacrificio de un macho cabrío en honor de Marte, del de hombres y caballos prisioneros, de la adivinación por las entrañas en el cuerpo de la víctima, y según la caída y la agonía de los prisioneros, poco se puede seguir; si bien, aun aquí hay pequeñas diferencias, pues estos usos pertenecían a varios pueblos y sobre todo, más o menos, a los galos. Pero que la religión de los iberos y celtíberos discrepaba de la que estaban acostumbrados a ver griegos y romanos en su país, y probablemente también en Galia, resalta de breves indicaciones, que en ellos se hallan. Algunos, se dice (III. 4. p. 164.) en Strabo, niegan a los galaicos toda creencia en los dioses y dicen, que los celtíberos y sus vecinos noroesteños pasan las noches de plenilunio ante sus puertas con toda su

familia en danzas y fogatas en honor de un dios innominado (*). Ambas expresiones, la negación de toda religión, y la del dios innominado, utilizan los antiguos (Strabo. XVII, 2, 3, p. 822.) también en otras naciones y únicamente se puede deducir de aquí, que ignoraban la religión de estos pueblos, pero a la vez también, que no había, o no era muy manifiesto en ellos el politeísmo. A estas fiestas lunares refiere Erro (*Alfab.* 129-144.) una media luna, amenudo con un punto o azuela enmedio, que se ve con mucha frecuencia en antiguas monedas españolas y habla en favor de esta interpretación, que este signo se acompaña también no rara vez de una estrella (**). Pero nunca se encuentra una luna llena, por lo que yo sé. En las anotaciones de Bellermann sobre las monedas fenicias y púnicas (St. 3. p. 25.) se interpreta esta línea por una J, que significa el número 10 e indica el valor de la moneda. Pero si se ven en Florez (*Medallas.* I. 154. y Lám. 3. nr. 10. 13.) las monedas con figura clara de media luna y una o más. estrellas, no puede caber duda de que las monedas españolas admitían estrellas en su cuño. En una moneda muy antigua, según parece de Asido, se indica la estrella simplemente por una cruz (I. c. Lám. 4. nr. 5.). Es de importancia la observación de Florez, de que en las monedas más antiguas de Bética el toro siempre va acompañado de una media luna, que no lleva en las monedas de otras provincias. Florez lo tiene en éstas por un mero símbolo de la agricultura, sólo en aquellas, en combinación con la luna, por una representación religiosa, venida de Oriente (I. 164.). Sea la que quiera la conexión que tenga también con esto, empero, y con la religión de los celtíberos en general, está claro por el pasaje anterior, que no pertenecía exclusivamente a ellos, sino también a una parte de la costa norte, que con ellos lindaba. Que también los ritos religiosos eran semejantes lo muestra que, o los celtíberos se extendieron, como lo indican los nombres de lugares, más allá de los territorios a ellos atribuidos, o ambas naciones se habían aproximado en usos y costum-

(*) En la nueva traducción parisiense se añade en este pasaje $\theta\upsilon\epsilon\iota\nu$ (I. 481. nt. 3.), y Corai ha aceptado en su edición de Strabo esta palabra en el texto; aunque entre paréntesis. Si bien la construcción se hace con esta adición en todo caso más fácil y flúida, no es, sin embargo, de ninguna manera necesario y, como aquí la cuestión es de un servicio del todo propio de un dios innominado, es todavía muy dudoso, si realmente se sacrificaba en estas fiestas nocturnas.

(**) N. del T.— La media luna con estrella es un símbolo babilónico mucho más antiguo que las monedas ibéricas y hoy subsiste en los escudos de Turquía y Egipto.

bres de manera, que también en las tribus no mezcladas concordaban entre sí. De templos no se halla mención en las partes de la Península, que no estaban en combinación con colonias meridionales, si bien, como parece, hay vestigios en nombres de lugares célticos, como *Nemetobriga* (30). En el muy oscuro pasaje de Strabo (III. 1. p. 138.), donde confronta las opiniones de Artemidoro y Eforo sobre el supuesto templo de Hércules en el promontorio Cuneus, se habla de ciertas piedras, de las que en varios sitios había siempre tres o cuatro juntas y que parecían estar en relación con ritos religiosos (Trad. paris. I. 385 *nt.* 4, 5.). Pero no se ve, si se encontraban también tales montones de piedras en el resto de España (*), y en este pasaje además se habla de forasteros recién venidos, si bien las piedras podían corresponder a la costumbre del país y sólo la leyenda añadida a los forasteros (**). Una costumbre

(*) Me acuerdo haber leído en uno de los relatos ingleses de viaje por España, que en el límite de Galicia se encuentran grandes montones de piedras, que proceden de que todo gallego, que emigra para buscar trabajo en el resto de España, según costumbre allí dominante, o al marchar o al volver, arroje una piedra al montón. ¿Sería quizás una reminiscencia de una costumbre antigua, hoy sólo explicada y empleada de otra manera?

(**) Este pasaje, en todo caso, muy difícil, me parece, por las alteraciones y adiciones de los expositores, no restituído aún de un modo satisfactorio. La principal falta está en la palabra *φευδοποιησαμενων*. La *σπονδοποιησαμενων* de Corai se recomienda, si solo se mira a la correspondencia de la construcción, como una corrección feliz. Sólo que me parece, sin embargo, muy arriesgado el añadir, en un pasaje, que trata justamente de ritos religiosos, uno nuevo por mero barrunto. Pues la indicación de las libaciones, que Corai halla en el siguiente *θυειν*, podría ser, sin embargo, demasiado débil. Puesto que ya el mover y trasladar las piedras parece un rito religioso, el sacrificar encuentra en ello una oposición suficiente. Si se intenta todavía otra cosa, queda la elección siempre arbitraria, tal como otros expositores han venido a parar en oraciones (*ευχας*). En una nota de Xylander se calla la variante *φευδοποιεισθαι*, que rechaza, diciendo que no comprende lo que quiera significar. Pero si la construcción no fuera extraordinariamente dura por la posición de este infinitivo, inmediatamente después de *μεταφερεισθαι*, esta variante daría el sentido más sencillo y natural. El pasaje querría decir entonces sencillamente: habría allí piedras, de las que se cuenta, que serían volteadas por forasteros según una costumbre patria y llevadas de un sitio a otro. Para sacrificar no sería permitido, ni etc. *στρεφεισθαι* y *μεταωρεισθαι* están en relación natural a las palabras precedentes *χατα πολλους τοπους*. Lo que aparece en los expositores del coronar las piedras, de sus traslados de lugar propio, de oraciones, en oposición a sacrificios, me parece arbitrariamente añadido al pasaje. Ephorus había narrado de un templo de Hércules. El u otros habían añadido lo del voltear de las piedras. Artemidorus niega ambas cosas.— Erro (*Alfab. de la lengua primit.* 132.) interpreta este pasaje muy equivocadamente, si en él quiere hallar, que en general en Bética no había templos y sacrificios; Strabo habla meramente de una región. Erro atribuye también, aun citando a Strabo, a Ephorus precisamente la opinión opuesta a la que Strabo refiere de él (***)

(***) N. del T.— Respecto de los montones de piedras y el añadir una

propia de los iberos menciona Aristóteles (*Polit.* VII. 2, 6.), de que hincaban tantas picas (ὄβελισχοῦς) alrededor de la tumba de un guerrero, como enemigos había matado (*Zoëga de obeliscis* p. 349.). Ningún escritor hace mención en los iberos de la costumbre gala, de ofrendar a los dioses dádivas costosas, de preferencia oro en barras y, sea hundirlo en lagunas sagradas, sea también depositarlo en templos o lugares abiertos consagrados, donde estaba protegido del robo sólo por el temor ante los dioses (*) (*Strabo.* IV. 1, 13. p. 188.). *Diodorus Sic.* V. 27.). Unicamente Justino nos ha conservado una costumbre, que pudiera tener relación con esto, y a la vez justifica a los galaicos contra el reproche del menosprecio a los dioses. La tierra, dice (XLIV. 3.), es tan abundante en oro, que amenudo arrancan con el arado terrones de oro. Dentro de los límites de aquélla hay una montaña sagrada, a la que se tiene por sacrílego el herirla con el hierro. Pero si alguna vez cae en ella el rayo, lo que en esta región sucede con frecuencia, está permitido recoger el oro descubierto, como un don de la divinidad. Sigue siendo dudoso, si la consagración de la montaña sucedía aquí en alguna relación al oro, como propiedad favorita de la divinidad. Si consistía en mera consagración de la tierra, tenemos aquí un ejemplo de un sitio sagrado, como los que había en Galia. Culto de los arboles, como en los germanos, parece no haberse entendido aquí. El hierro mencionado en el pasaje es evidentemente sólo el del arado (1).

44.

Sobre la estancia de tribus ibéricas fuera de Iberia; en los países habitados por celtas.

He intentado mostrar hasta aquí con qué idioma, con qué pueblos, en qué límites, y de qué modo mezclados, habitaban los iberos

al paso, se podría citar una costumbre del interior de España en los sitios. en que había ocurrido una desgracia, sea por asesinato o por accidente. Respecto de las tres o cuatro piedras juntas hacia el promontorio Cuneus sería de pensar en los dólmenes, tan frecuentes en Portugal y Galicia.

(*) En el templo de Hércules en Gades había, sin embargo, exvotos, que César, después de vencer a los hijos de Pompeyo. no dejó intactos (*Dio Cassius.* 43. 39.). El servicio divino era sin embargo, en este templo fenicio todavía en tiempo de Appiano (VI. 2, 35.).

(1) Después de «arado» tachado: «Tampoco para la estimación sagrada del rayo se puede concluir nada en particular de este».

la Península Hispánica; queda ahora todavía por ver, si se les encuentra y dónde fuera de esta. Sobre la Galia ya se ha hablado antes a este respecto. Ocupaban una parte de la costa meridional y Aquitania, y estas regiones pertenecían, tanto como España misma, a sus residencias primitivas, es decir, a las que como primeras conoce la historia. Pero en las demás partes de Galia no puedo hallar ningún rastro seguro de su existencia y por eso de ningún modo puedo aceptar, que hubiesen vivido alguna vez en ésta y sólo hubiesen sido empujados poco a poco hacia aquélla.

Lo mismo vale, a mi entender, de Britannia. Con todo, desde la época romana se ha abrigado muchas veces la opinión de que hubiesen pasado iberos hacia Irlanda e Inglaterra; y Tácito (Agricola. 11.) la halla confirmada por la cara morena de los silures, su cabello rizado y la situación de su país. Se ve, no obstante, cuán débiles son estos fundamentos. En las partes de las islas Británicas provistas con ciudades, atravesadas con frecuencia por los romanos, no se halla ningún rastro de ascendencia vasca y por el contrario los más notorios de la concordancia con la Galia de enfrente. Solamente sobre los *caledonios* del norte de Escocia, sólo conocidos por algunas campañas, y aun por esto poco, puede quedar duda; Mannert (P, 2. Cuad. 2. p. 93.) tiene por muy verosímil, que pertenecían con los iberos a un mismo tronco. Por celtas cree no poderlos explicar en ningún caso, ya por causa de sus enemistades contra éstos. Pero como no eran esto, los considera, según su opinión, por la nación existente en la Europa occidental antes de la llegada de los celtas y que; o era ibérica realmente empujada por los celtas a la vez hacia España y el norte de Escocia, u otra distinta de todos los pueblos de Europa. Espera la solución de una comparación exacta del euskera con el gálico (*). Es cierto que se ve muy justamente, que esta controversia sólo puede resolverse por los residuos lingüísticos, pero no por las noticias geográficas e históricas en los antiguos. Estos evidentemente sabían demasiado poco de estas regiones y ni los nombres de lugares ofrecen un asidero, pues ningunos lugares existían allí con nombres que hubiera conocido el romano. Pero si la opinión de Mannert ha de ser más que una mera

(*) Escribo gálico y no *gaélico* según el precedente de Stewart. Pero la palabra debe pronunciarse siempre conforme a la pronunciación inglesa que se aproxima en todo caso a Gaélico. Pero si se ve Gaélico como la legítima ortografía, nota Stewart en su gramática p. 5. nt. e. que entre *Gaelic* y *Gailic* sólo se podrá decidir por la etimología, aún no completamente determinada.

conjetura, debería demostrarse, no sólo un verdadero parentesco entre el euskera y el gaélico, sino también una diferencia de ambos contra los antiguos idiomas de Galia; pues de lo contrario se harían al euskera y al gaélico meramente célticos. Pero ahora se contrapone, a mi entender, precisamente el estudio de todos estos idiomas, tal como aún hoy existen, a tal opinión; pues por un lado el euskera se separa netamente del gaélico y por el otro es sumamente probable el estrecho parentesco y aun identidad de los antiguos dialectos de la Galia con el gaélico. Una comparación exacta y detallada de los cuatro idiomas en cuestión (euskera, gaélico, irlandés y de Baja Bretaña) aún no se ha emprendido y es también muy difícil, en la desigualdad de medios, poseer igual conocimiento fundamental de todos. Pero que los tres últimos pertenecen a un mismo tronco, está reconocido por lingüistas acreditados (*). Del euskera hasta hoy sólo se ha comprobado igualdad de algunas palabras, y también éstas en parte con mucha inseguridad. De tal relación de estos idiomas entre sí se puede convencer también quien quiera, que repase su gramática con algún cuidado. En el euskera se encuentra en otro terreno completamente distinto y ya la primera inspección enseña que, si en general hubiese de existir entre el euskera y los idiomas británicos una semejanza y parentesco, que no sea la muy general, el caso es en grado mucho más lejano. Que la concordancia entre el euskera y los idiomas británicos no es tan grande, como de estos últimos entre sí, es evidente y no ofrece ninguna duda. La cuestión, que yo no me atrevería a resolver todavía, puede ser sencillamente esta: ¿se halla entre el euskera y los idiomas británicos en general un parentesco nulo? o si hay alguno ¿es tan sólo como el que se encuentra también entre el euskera y el latín, griego y alemán? En cambio, lo que se refiere a los idiomas de la antigua Galia, se limita la igualdad del idioma de Galia y Britannia, en cuanto a lo que puede demostrarse por el testimonio de los escritores y la comunidad de la institución de los bardos, es verdad que sólo en las regiones bien conocidas de los romanos, es decir,

(*) Que estos tres son en realidad diferentes idiomas y no sólo dialectos de uno es cosa cierta. Tampoco cabe ninguna duda de que el gaélico y el irlandés son mucho más próximos entre sí, que con el bajo bretón y el de Gales. Solamente los grados de este parentesco necesitan una determinación más exacta. Sería de desear doblemente, que Ahlwardt, quien más exactamente conoce estos idiomas, para lo que es el caso en un extranjero, y los contempla más libre de prejuicios, de lo que los indígenas acostumbran a hacer, hallase ocasión de dar a conocer los resultados de sus investigaciones.

Inglaterra y una parte de Irlanda. Sólo que los idiomas de la antigua Galia es imposible que puedan haber sido diferentes del gaélico y del idioma de Gales. Esto demuestran los nombres de personas y lugares, que en gran parte se pueden derivar de ambos idiomas, aun varias palabras restantes, y la circunstancia, de que tampoco apoya el menor vestigio a la admisión de un tercer idioma completamente desaparecido. Con todo, si hubiera sido el bajo bretón solo el dominante, se hubiese demostrado precisamente con ello a la vez, que también el gaélico, a él aún, pertenecía al celta: Añádase ahora todavía, que el último, en cuanto tenemos noticias de él, era el idioma del país en Escocia, y me parece no faltar nada a la prueba de la ascendencia céltica de los caledonios. Con esta hipótesis concuerda también, que Tácito (Agricola. 11.) atribuye a los caledonios cabello rojizo, por lo que les asigna un origen germánico. Sus enemistades contra los celtas no pueden servir de prueba ninguna contra esto. La enemistad nacional es con frecuencia de naturaleza casual y política y precisamente la más violenta entre tribus parientes, si, entre ellos arraigan una vez los celos.

Cómo subsistieron estas dos ramas principales de los idiomas británicos (de Gales, y el gaélico junto al irlandés) en la Galia, donde, según el juicio de Strabo sin embargo, los dialectos no se apartaban tanto entre sí, o si realmente antes coincidían más, o a pesar de ello se aproximaron entre sí en Galia por la vecindad común, si precisamente el aislamiento de los caledonios contribuyó a formar y mantener su diferencia: todo esto son cuestiones, que no pertenecen al círculo de la actual investigación. Me basta con mostrar que los iberos no tenían ninguna participación en la población de la Galia del norte y centro y de Britannia, en cuanto por lo menos la historia puede juzgar, sólo por el testimonio de los nombres de lugares.

45.

Iberos en las tres Grandes islas del Mediterráneo.

Ya que no hallamos a los iberos fuera de España en el norte, tenemos que volvernos hacia el sur. Que aquí ocupaban en parte las tres grandes islas del Mediterráneo, Córcega, Cerdeña y Sicilia es verosímil en alto grado. Los antiguos lo suponen y no hay, según

me parece, ningún motivo para dudarlo. Los iberos pudieron inmigrar a España y Galia, o haber sido allí autóctonos en la posesión de la tierra, por lo que su expansión a islas poco distantes era fácil y natural. Algunos pocos, pero al parecer auténticos vestigios idiomáticos en los nombres de lugares (32.) confirman la sospecha.

Sobre Córcega es el principal pasaje el conocido de Séneca (*Consolatio ad Helviam*. 8). Exponiendo consideraciones sobre el frecuente cambio de los habitantes de los países repasa las diferentes colonias venidas a Córcega; primero los foceos, luego ligures, y también españoles. Los últimos reconoce en la semejanza de costumbres; igual tocado, igual calzado que los cántabros; también algunas palabras; pues todo el idioma era, en el trato con los griegos y ligures, alejado del patrio. Contra este testimonio de Séneca, que era español, parece que nada se ha de objetar. Pero como menciona españoles y cántabros, que también estaban ya mezclados con celtas, no resalta con claridad, que los residentes fuesen precisamente iberos, y aún menos, si ocupaban una parte considerable de la isla. Niebuhr (*Röm. Gesch.* I. 110.) nombra, refiriéndose a este pasaje, a los iberos como más antiguos habitantes que los ligures. Pero esto no parece constar en las palabras de Séneca. Pasaron, dice, allá ligures, también españoles. El hábito de la lengua materna pudieron haber perdido por el trato con los pueblos, que allí encontraron, y con los que se tuvieron que juntar. Si Diódoro de Sicilia (V. 14.) atribuye a los habitantes de Córcega un dialecto estropeado y difícil de entender, no piensa con ello en un idioma peculiar del país, que los extranjeros no hubieran entendido en nada, sino sólo griego corrompido y desfigurado.

La narración de Pausanias de la fundación de la primera ciudad sarda por iberos la he citado ya arriba (32.). Es chocante que, ni en la *Historia Romana* de Niebuhr, ni en la crítica de la misma en los *Heidelberger Jahrbücher* (Jahrg. 9. p. 862. (1), donde se impugna la población de Cerdeña por los iberos, no se haga mención de este pasaje. No parece, sin embargo, ser del todo desdeñable la leyenda; pero que se hubieran de hallar todavía palabras vascas en el dialecto actual sardo, es también para mí muy inverosímil. Por lo menos no me ha saltado a la vista ninguna en los libros, que poseo de este dialecto.

Otro tanto se ha debatido también sobre Sicilia y la ascendencia

(1) Comp. Schlegel: *Sämmtliche Werke*, 12, 472.

de los sicanos, pero queda siempre cierto; que esta isla en los primeros tiempos, según el testimonio de los antiguos escritores, tenía habitantes ibéricos (*). Los sicanos pueden ser venidos de España o se puede haber confundido la costa meridional gala, de la que propiamente procedían, con el país exclusivamente llamado Iberia; en todo caso queda siempre firme aquel hecho. Aquí no nos interesa la cuestión de si los sicanos eran iberos, pues también además de los sicanos se mencionan iberos en la isla. Para la investigación presente, que sólo trae estas cuestiones a su terreno desde el punto de vista más limitado de los vestigios lingüísticos aún persistentes en los nombres de lugares, basta recordar lo arriba (32.) dicho sobre los *morgetes* y *Murgantia*, y añadir esta confirmación a los testimonios de los antiguos.

En todas estas islas, sin embargo, se indican otros habitantes primitivos, que los iberos; por cierto que para Córcega y Cerdeña son considerados éstos única y totalmente como inmigrantes. En cambio en cuanto a Sicilia las opiniones están divididas, y algunos escritores cuentan a los iberos como primitivos habitantes, tanto como a los cíclopes y laestrygones. Sicilia, pues, o por lo menos una parte de ella, se presenta, como Iberia y la costa meridional de Galia, no designada con precisión como diferente de los iberos o celtas, donde antes de los iberos no conoce la historia ningún otro pueblo, por lo menos, aunque también nombra a los kynetes.

46.

Iberos en Italia.

Pero antes de que sea posible atreverse a una conjetura sobre la manera cómo los iberos pudieron haber ocupado estas islas, es menester lanzar una mirada a Italia, como país mas próximo. La investigación de los nombres de lugares (32.) conduce al resultado de que no se hallan bastantes vestigios del euskera en ella para admitir siquiera con algún grado de seguridad, ni aún sólo con gran verosimilitud. Sin embargo; existen algunos de tales vestigios inne-

(*) Compárese Niebuhr: Römische Geschichte. I. 110. Heidelberger Jahrb. Jahrg. 9. p. 862. Mannert. I. 447. 448. y además los pasajes allí citados de Strabo. IV, 2, 4. p. 270.

gables y más que en los países, que conocemos ocupados por celtas, fuera de España. Una presunción, nacida de otros motivos, puede también servir de este punto de apoyo. Así se vendrá siempre a ulteriores investigaciones acerca de la población más antigua de Italia. Que estas investigaciones se hubieran ya cerrado y completado por los esfuerzos de Lanzi, aunque tan meritorios son en sí, nunca me quiere parecer evidente. En la lectura repetida y atenta de su libro me ha parecido siempre, que no convencía, pero que arrastraba en todo caso al lector paso a paso a un sistema, en que se dejan caer al final las más violentas explicaciones, porque se le lleva por grados de violencia en violencia (*). Como estas indagaciones se han dispuesto hoy por un hombre, que estaba solamente instruido en el conocimiento de los antiguos idiomas y de los recientes derivados de ellos, deberían repetirse, si se quería ver con claridad, por otra persona, que se encontrase a la vez y con preferencia en posesión de los idiomas primitivos de la Europa occidental. Confieso, sin embargo, que dudo de que tal empresa diese una resulta remuneratoria. Yo, por lo menos, no he hallado bastante vestigios de palabras raíces vascas, en las inscripciones explicadas por Lanzi, para extraer de ellas ningún resultado importante. Siempre me ha parecido, que estas inscripciones en general no están hechas como para servir de base a una investigación sobre los habitantes de Italia antes de toda inmigración de tribus griegas. Todas las que conocemos son de una época, en que, como ellas mismas lo demuestran con evidencia, existía ya una gran mixtión de la lengua primitiva, aunque también, según creo ciertamente, está a la vez escondida ésta en ellas. No me resulta inverosímil, que las cuestiones sobre los más antiguos habitantes de Italia pertenezcan en realidad a las ya insolubles. Pero si todavía pueden obtenerse aclaraciones sobre ello, me parece que sólo por la investigación, no empezando por las inscripciones, aunque después se hayan de tomar como ayuda, sino por la de los idiomas mismos. El euskera, los idiomas británicos y germánicos deben compararse, a la vez exacta y cautelosamente, y de preferencia apartando una etimología, que ligue todo sin regla y atrape toda semejanza, sino haciéndolo de la mano de analogía rigurosa y regular con los idiomas de la antigüedad y entre

(*) También Neubuhr (*Römische Geschichte*. I. 65.) ha levantado dudas, y a mi me parece que con toda razón, contra la manera, como los eruditos italianos tratan los idiomas de los primitivos pueblos de Italia.

sí. Por este camino resultará, si uno de estos idiomas y cuál de preferencia es afín al latín en su peculiaridad distintiva del griego, y de aquí se pueden extraer luego más consecuencias (*). Si reuno aquello, que sobre tal asunto me es conocido hasta hoy, con las investigaciones aquí expuestas, arriesgaría la conjetura de que los iberos se han extendido en la más lejana época también por Italia y las islas del Mediterráneo como autóctonos y que, si se hace venir todos los pueblos de Oriente a Occidente, los iberos se han echado hacia el sur de la gran ruta de pueblos de Tracia y los celtas hacia el norte. Colonias ibéricas pueden también haberse ido de la costa norte del Mediterráneo a las islas; sólo que si la ocupación por iberos, como primeros pueblos era importante, no pudo ocurrir por este camino. Después fueron aquellas costas naturalmente residencias ulteriores; pues ocupaciones importantes de terreno sólo pueden pensarse por grandes y decididas emigraciones y éstas sólo pudieron, dado el carácter de los iberos y la posición de España, ir hacia este país, no partir de él.

48.

Sobre el parentesco de los iberos con los celtas.

Si en el transcurso de esta investigación a veces hablo de autóctonos, no está en mi ánimo decidir por esto algo objetivo, sino sólo trazar el límite eventual de nuestros conocimientos. Primitivos habitantes son para mí aquellos, que la historia no nos obliga ni induce a mirarlos como inmigrados. Sólo en este sentido he calificado también con este nombre a los iberos en España, Galia y las islas del Mediterráneo, sin suprimir la cuestión ¿de dónde pueden

(*) En un escrito pequeño, aparecido en 1816: *de latinae linguae accentibus libellum primum in publico proposuit Fridericus Lindemann* promete el autor una obra extensa sobre los antiguos idiomas de las tribus itálicas. Pero no sé que hasta hoy haya aparecido algo de ello (1). El escrito citado contiene ya la derivación de un considerable número de palabras latinas, que no son de origen griego; pero sería de desear, que el autor se explicase con más precisión sobre lo que entiende por idiomas célticos. A juzgar por varios ejemplos parece no distinguirlos de los germánicos tan rigurosamente, como lo hacen, y a mi juicio con razón, los mejores lingüistas del día.

(1) Esta obra no ha aparecido nunca.

haber venido estos iberos? Aquí sin embargo, donde no es el lugar de preparar las investigaciones lingüísticas necesarias para su decisión, sólo la toco para prevenir una posible mala inteligencia. He presentado más arriba (43.) a los iberos como diferentes en estirpe, lengua y carácter de los celtas y tengo esto también por la opinión etnográfica exacta. No he querido, sin embargo, excluir por esto, que no hubiesen pertenecido quizás antes ambas naciones a un linaje de pueblos, y aún que los iberos puedan ser una rama del linaje celta. Lo que Mannert (*) ha manifestado con agudeza de los ligures, de que en verdad no derivan de aquellos celtas, que se aprendió a conocer en la Galia, pero sin embargo pueden haber sido ramas comunes con ellos de un tronco oriental más antiguo, puede también valer de los iberos. Solamente en tanto investigaciones lingüísticas más profundas no esparzan luz más clara sobre ello, quedan todas las opiniones de esta clase nada más en el campo de las conjeturas.

48.

Sobre la opinión del próximo parentesco del euskera con lenguas americanas.

Para volver otra vez al idioma vasco, cuyo empleo en los monumentos históricos y testimonios de los más antiguos habitantes de España constituye el tema de esta investigación, resalta, me parece a mí, notoriamente de todo lo aportado, que es puramente europeo y en verdad uno de los más antiguos y, si es permitido emplear la expresión, el primitivo de esta parte del mundo. No pertenece a ningún grupo de pueblos aislado, quizás decaído de lejanos continentes, sino a un antiguo tronco de pueblos, ampliamente esparcidos, intimamente entrelazados en los primitivos destinos de la Europa occidental. Se ha hecho notar, y con razón, la particularidad de su estructura gramatical, principalmente de su conjugación y se ha apuntado su semejanza en esto con las lenguas americanas. El primero y de un modo penetrante en la estructura general de las lenguas, lo ha hecho Vater (*Untersuchungen über Amerika's Bevölkerung*, p. 210.), a quien le es deudora la lingüis-

(*) P. 2. T. 1. p. 17. Ritters Vorhalle p. 573.

tica de una base en la última mano del Mithridates de Adelung, que con su elaboración ha obtenido una configuración muy otra e incomparablemente más satisfactoria, sin lo que a nadie le sería fácil hacer en ello nuevos progresos. Esta comparación es en sí atinada y en sumo grado notable. Puede también extenderse más que a la conjugación y acierta hasta en cosas más casualmente aparentes. Así p. ej. falta el sonido *f* en la mayoría de las lenguas americanas, como en el euskera, y domina en aquellas, como en este, una repugnancia contra toda unión inmediata de consonantes mudas y líquidas, en que la líquida deba seguir en la misma sílaba. En cambio, más bien anteceden las últimas en las lenguas americanas. En el idioma Othoni p. ej. hay combinaciones de *n* con casi todas las otras consonantes, que le sigan inmediatamente. Sólo que ninguna de estas semejanzas gramaticales puede justificar ascendencia inmediata o parentesco. Si las palabras raíces acreditan igualmente semejanza, es cosa que aún no se puede decidir bastante, pues en esto falta aún la elaboración pertinente de las lenguas americanas. Lo hasta hoy observado, en tanto como yo conozco, es muy insignificante. Si se insiste, pues, en hallar parentesco, sólo puede ser el lejano, retrotraído a la extrema oscuridad de la prehistoria, en que la indagación tiene que abstenerse de toda historia y tradición, en que, o los pueblos aún vivían juntos en un pequeño espacio, del que más tarde se esparcieron, o en que mar y tierra estaban repartidos de otra manera (*) y en que a la imaginación le queda libre juego. Pero a mi entender sobre estas semejanzas debe fallarse de otra manera muy distinta. Primero es de notar, que por indagación más exacta, en parte no aparecen tan grandes, en parte no tan sorprendentes. La conjugación vasca ofrece en su coherencia una forma, que no encuentro de esta manera en ninguna lengua americana. Una diferencia sumamente importante consiste ya en

(*) Tal hipótesis se expone en un escrito aparecido en América, en Europa quizás todavía poco conocido: *Researches on America being an attempt to settle some points relative to the Aborigines of America, by James H. M'Culloh, jun. M. D. Baltimore by Jos. Robinson. 1817. 8.* El autor concluye, (p. 35.) en que no sea opinión demasiado atrevida o prematura, la de que en otro tiempo haya habido continentes de gran extensión en los mares Pacífico, Indico y Atlántico, sin duda desde el diluvio universal ya muy desgarrados y destrozados, pero todavía no para impedir a hombres y animales el vagar de una parte a otra en sus amplias regiones, y que durante estas emigraciones esta tierra se hundió, conservando sólo los trozos restantes un número de animales y personas, que quedaron entonces aislados, hasta que los reunió de nuevo la navegación. Esta destrucción debe de haber acontecido el año 2323 a. de J. C., 846 después del diluvio y 15 después de la confusión de lenguas de Babilonia (p. 84.).

que la conjugación regular siempre se compone con un verbo auxiliar; en las lenguas americanas por el contrario la conjugación con un auxiliar, según mi experiencia, rara vez se encuentra. En cambio se hallan vestigios de la peculiaridad de la conjugación vasca, sobre todo de la indicación del objeto en la flexión de la conjugación también en otros idiomas europeos. Las peculiaridades gramaticales de esta especie me han parecido siempre, sin embargo, más bien signos del grado de desarrollo, que del parentesco de las lenguas, e investigaciones mucho más exactas, que las hasta aquí llevadas, han de manifestar primero, si se puede determinar con alguna seguridad, qué es lo que se justifica en esto, y qué concluir realmente sobre igual ascendencia. La mayor parte de las peculiaridades de los idiomas de naciones aún salvajes se puede explicar en el sistema de declinación y conjugación, porque el salvaje, para construir formas gramaticales, combinatan íntimamente como sea posible sílabas significativas y que hacen juego por el sentido. Esto permite su empleo en particular en la combinación del objeto con el verbo. Las múltiples formas, por ahí originadas, pueden todas derivarse de aquel proceder, sin que fuera necesario admitir, que las naciones poseyesen para ello particular predilección, o hubiesen aplicado una sagacidad especial precisamente en esta parte de la gramática. La cosa consiste con frecuencia mucho más en la división del total de la frase en palabras, que en una diferencia del aspecto lógico. Se incurre en el hecho en estos idiomas muy amenudo. en gran perplejidad, de si se han de considerar unidas sílabas y palabras en una sola palabra, o no. Pues, tomada exactamente la unidad de la palabra sólo se determina por el acento, pero éste es la mayoría de las veces desconocido (*). Además entra en consideración la retracción del tono de sílabas enclíticas (1) y la pregunta en cuanto a si se advierte contracción en una palabra, cuando

(*) Es notable que también de la elaboración tardía y actual científica del sanscrito parezca completamente excluido el tratado sobre el acento, pues apesar de ello los manuscritos de los Vedas parecen contener los signos de tres acentos diferentes, completamente semejantes a los griegos.

(1) Después de «sílabas enclíticas» tachado: ten cuestión, pues no se puede presumir que esta retracción sólo sea propia de idiomas muy evolucionados. Existe primero en el dialecto del pueblo y al contrario más desatendido en el uso cultivado de nuestros recientes idiomas, aunque en ello hace el inglés una excepción. Como la fuerte elaboración del acento es una de sus peculiaridades características, así también hay en el uso adecuado de los pronombres como sílabas enclíticas, o por sí acentuadas, una finura y hermosura de pronunciación, en que p. ej. en el teatro puede aún el orador más cultivado estar en duda sobre ciertos puntos».

la letra inicial de una de las consecutivas sufre alteraciones por la final de la otra. De aquí que la resolución sea en muchos casos muy difícil. Un ejemplo da el idioma *Mixteca*, en que queda uno inseguro, si incorpora el sustantivo regido al verbo, como el *mexicano*, o sólo le hace seguir, como la mayoría de los idiomas recientes europeos. La recia división en palabras, de la que se origina después el desgaste de varios elementos del léxico y de diferente sonido, pertenece a los progresos ulteriores de la formación y de aquí que esté también la mencionada manera de conjugación, en cuanto descansa en la división de palabras, en relación con aquellos progresos. Pero si la peculiar estructura del euskera realmente se puede considerar así, de modo que designe el grado de formación y su antigüedad, podría yo tenerlo, aunque tan difícil sea en este terreno el atreverse con aserciones de tal generalidad, por el idioma europeo que, sin excepción, se ha alterado menos y ha permanecido más próximo a la estructura, que puede valer por la primitiva. Que en ello radica una nueva confirmación de la conjetura, también verosímil por otros motivos, de que los iberos corresponden a los pueblos europeos más antiguos conocidos, se ha hecho notar ya más arriba (43.). Visiblemente alcanzan más allá de aquellos, cuyos idiomas se nos han dado a conocer, a saber, romanos y griegos, y pueden, si se busca un punto de comparación, colocarse en línea sólo con los prehelénicos pelagos.

49.

Resultados de las investigaciones hasta aquí efectuadas.

1. La comparación de los antiguos nombres de lugares de la Península Ibérica con el euskera demuestra, que el último era el idioma de los iberos y, pues este pueblo sólo parece haber tenido un idioma, son pueblos ibéricos y Euskaldunes expresiones sinónimas.
2. Los nombres de lugares vascos se hallan, sin excepción, en toda la Península y los iberos estaban esparcidos, por consiguiente, en todas sus partes.
3. Pero hay entre los nombres de lugares de la Península otros, de los que la comparación con los nombres de lugares de tierras habitadas por celtas muestra, que son de origen céltico, y en estos se pueden hallar también las residencias de los celtas mezclados con los iberos, donde los testimonios históricos nos abandonan.

4. Según esto habitaban los iberos no mezclados con celtas sólo alrededor de los Pirineos y en la costa meridional. La mezcla de ambas naciones ocupó las tierras interiores, Lusitania y la mayor parte de la costa norte.

5. Los celtas ibéricos eran en verdad celtas, de que proceden los antiguos nombres de lugares galos y britanos; además de los idiomas indígenas aún vivos en la Gran Bretaña y Francia, idénticos en idioma; sólo que no eran probablemente meras colonias de tribus galas (de hombres aisladamente emigrantes de un linaje, que quedase atrás), como lo muestra la diferencia de carácter e instituciones. Podían ser de los asentados en Galia en tiempo inmemorial, o antes inmigrados en masa. En todo caso no había en su mezcla con los iberos el carácter galo, que nos dieron a conocer los romanos, sino prevaleciente el ibérico.

6. Fuera de España hacia el norte no se halla ninguna huella de iberos, si se exceptúa la Aquitania ibérica y una parte de la costa del Mediterráneo. Señaladamente los caledonios no pertenecían al tronco ibérico, sino al céltico.

7. Pero hacia el sur se asentaron los iberos en las tres grandes islas del Mediterráneo, como demuestran a la vez testimonios históricos y nombres de lugares vascos. Sin embargo, probablemente no todos eran inmigrados de Iberia o Galia, sino que ocuparon estas residencias de tiempo inmemorial, o procedieron de oriente.

8. Es dudoso que perteneciesen también a los pueblos primitivos de la tierra firme de Italia. No obstante, se hallan varios nombres de lugares vascos, que pueden fundamentar tal presunción.

9. Los iberos son diferentes en carácter e idioma de los celtas, tal como conocemos a éstos por los griegos y romanos y por los residuos de sus idiomas. No hay, con todo, fundamento para negar todo parentesco entre ambas naciones; los iberos pueden ser muy bien un linaje perteneciente a los celtas, sólo que desgajado antes de ellos.

Todas estas conclusiones sólo ha podido, sin embargo, afirmar la presente investigación en tanto, como esto era posible con el euskera por la comparación de los nombres de lugares, como una serie de documentos históricos, que hablan por sí mismos. Era su objeto limitarse a esto y de esta manera ensayar, confirmar y amplificar las investigaciones hasta hoy efectuadas y que en su mayor parte habían excluído de su círculo el idioma indígena de Iberia. Mas para cerrar por completo las investigaciones sobre los primi-

tivos habitantes de la Península se debería todavía comparar, con independencia de testimonios históricos y relaciones de lugar, el euskera como idioma con los restantes de la Europa occidental, con lo cual únicamente se puede aclarar, como corresponde, el último de los puntos aquí expuestos. Pero esta es una empresa mucho mas difícil y que exige preparativos muy otros.

50.

Monumentos ibéricos con inscripción indígena.

Parecerá quizás extraño, que no me haya explicado en este tratado al mismo tiempo acerca de las inscripciones sobre piedras, placas metálicas; cerámica y monedas, que se han hallado en España con escritos difíciles de descifrar. Se puede suponer con fundamento, si no se quiere admitir todavía como satisfactorio ninguno de los desciframientos hasta hoy efectuados, que una gran parte de estas inscripciones está redactada en el idioma del país y corresponden, según eso, en todo caso a un trabajo, que esté dispuesto para utilizar toda ilustración, que pueda proporcionar el euskera acerca de la historia primitiva de España. Yo tampoco he descuidado, ya desde hace años, el ocuparme con estos objetos; pero me he convencido de que todo este estudio se halla aún en tal oscuridad y confusión, que en vano se esperarfa aclarar otras cuestiones mediante ello. Hasta hoy sólo lo han tratado personas que, o no sabían euskera, o eran apasionados con parcialidad por él. Unos y otros se han dejado llevar de su fantasía tan sólo, y aun el primer preparativo y más esencial, la rebusca de los signos y su significación, ninguno lo ha dispuesto todavía según un plan regular, ni lo ha desarrollado por completo. Si algún día este estudio ha de conducir a resultados seguros, debe empezar por rebuscar de nuevo los monumentos, en su mayor parte monedas, en las colecciones, pues difícilmente se puede confiar del todo en las figuras de Velasquez, Lastanosa (1), Florez, Erro, etc.; ordenar luego las inscripciones según las localidades, y establecer una lista exacta y completa de las letras y signos, que en ellas se presentan. Sólo después de esto puede fijarse un alfabeto completo y, cuando esto se haya hecho, se

(1) Su «Museo de las medallas desconocidas españolas» apareció en Huesca 1645.

podrá pensar en una explicación. En una cosa y la otra no se ha de olvidar, sin embargo, que se tiene ante sí muy probablemente inscripciones en idiomas muy diferentes, euskera, púnico y celta. A las explicaciones existentes les falta todavía en absoluto tal base segura, y de esta manera se ha juzgado también ya en España misma. D. Antonio Valcárcel prometió en una pequeña disertación, aparecida en Valencia en 1773 (*), mostrar por cien monedas hasta entonces no publicadas, cuán lejos se está de entender la verdadera clase de lectura de esta escritura desconocida y no es de creer, que los ensayos hechos desde su tiempo le moviesen a retirar esta opinión; pues también desde entonces se han tratado estas inscripciones, por cada uno de los que se han ocupado en ello, de diferente manera, y siempre de un modo demasiado unilateral. Sestini acepta en su explicación de las monedas españolas del gabinete de Hedervar el alfabeto griego como base del desciframiento. Erro se ha compuesto, en verdad, un alfabeto por sí mismo; pero designa la misma letra, tan pronto con tres, cuatro y cinco signos diferentes, tan pronto diferentes letras con el mismo; leer tan pronto adelante tan pronto atrás, admite omisiones de vocales, contracciones de letras y abreviaturas de palabras; y no se ve, que estas suposiciones se funden en una cantidad suficiente de ejemplos, para anular el recelo de que solo se han empleado para extraer una explicación cualquiera. En esta diversidad de opiniones y esta imperfección del procedimiento he tenido reparos en aportar varios nombres de lugares hasta hoy completamente desconocidos, que Erro y Sestini quieren haber descubierto en monedas con inscripción indígena. En cuanto a los nombres de lugares, dobles, en indígena y latín, que aparecen en los escritores romanos, corresponde que una gran cantidad de monedas contengan inscripciones en dos idiomas, el latín y otro, y que estas inscripciones (en tanto que hoy estén explicadas) convienen en verdad varias veces, pero en muchas no siempre son traducciones. Lo mismo hemos encontrado también en los nombres (1).

En estas circunstancias no me pareció conveniente traer, por la inmixción de estas inscripciones aún no competentemente expli-

(*) Medallas de las Colonias, municipios y pueblos antiguos de España por D. Antonio Valcárcel Pío de Saboya i Spinola p. 21.

(1) Después de «encontrado también en los nombres» tachado: «Quien desee pasar la vista con brevedad y sin gran trabajo por el nuevo estado de la explicación de estas inscripciones cotejará con placer instructivo las recensiones de algunas partes de las Mémoires de l'Académie Celtique en los Göttingische gelehrte Anzeige (1810. T. 3. p. 1737 y sig.)»

cadadas, todavía más incertidumbres a una investigación, que ya en sí tiene que conducirse con gran circunspección y cautela (1).

(1) Aquí se aporta todavía un pasaje del manuscrito arriba olvidado en la pág. 529. que fué luego reemplazado por la frase «Pues—eruditos»: «Puede parecer atrevido el querer buscar aquí una combinación. Sólo que un cierto tratamiento artificial y de preferencia artificioso del idioma, como tienen el sánscrito, galés y gaélico (Owen: dict. p. 13-25. Shaw: analysis of the Galic language. p. 33.) en la alteración de letras y pesquisa de raíces, me parece que en la remota antigüedad casi sólo podía ser obra de una casta de sacerdotes. Esta casta constituía la profesión de los letrados y tenía de paso el interés de distinguirse por una pureza de lenguaje difícil de alcanzar por el pueblo. De ella partió también ciertamente con frecuencia la formación del alfabeto escrito, si bien los druidas, según César, se servían meramente del griego, y nunca escribieron sus versos sagrados. A esto contribuyó que la forma del idioma, que proporciona tanto espacio para ejercitar la sagacidad y sutileza, debió excitar a personas, que su profesión había habitado a una especulación más abstracta. Enseñoreándose del idioma, la clase de los sacerdotes debió producirse por la elaboración de aquel, según hemos visto arriba. El idioma obtuvo regularidad y fijeza, pero también, ya que todas las anomalías se querían forzar a reglas, y llenar cada hueco, se entrometió mucho, que no le era primitivo. Una consecuencia, en verdad sólo ocasional, pero casi inevitable, fué que, si se paraba atención preferente a la parte material del idioma, se obtenía una mayor diferencia de tonos, que de lo que en otro caso hubiera quedado; pues en todos los dialectos populares es visible, que el lenguaje popular conoce una cantidad de modificaciones de pronunciación de letras, sobre todo de vocales, que luego, en el uso más cultivado del idioma se fijan en número menor y más determinadas. Su multiplicidad podría también conservarse, sin embargo, si se les confiriese pronto un tratamiento metódico, y conduciría después por sí misma a más combinaciones, transiciones y transformaciones. Una perfección y regularidad, como la del alfabeto sánscrito parece efectivamente demostrar una elaboración muy ingeniosa de dialectos populares ricos y múltiples. En el euskera hubo primitivamente (Adiciones al Mithridates. p. 41.) también varios sonidos aspirados y, quebrados, sólo que al lenguaje' cultivado y escrito no ha pasado nada de ello. Pero las alteraciones de las letras según su posición se limitan a la de la vocal final antes del artículo aglutinado en el dialecto vizcayno (l. c. p. 10.). Esta digresión me pareció, que no era inoportuna en un escrito, que toma en consideración el idioma. Pero aunque lo en ella dicho no hallase tampoco empleo general, podría, sin embargo, valer ciertamente de los idiomas indo y celta, pues en ambas naciones la elaboración del lenguaje estaba en manos de la institución sacerdotal, y por este motivo me pareció bien llamar la atención sobre que a los iberos habrían faltado a la vez estas instituciones y los efectos de ellas en el idioma».— Compárese T. 3, pp. 253, 226 de las obras de Humboldt.

N. del T.— En la pag. 20 de la tirada aparte me preguntaba yo si Humboldt conocía *El imposible vencido* de Larramendi: la respuesta es afirmativa según lo que se ve en J. Gárate: G. de Humboldt: pp. 144, 146, 150, 155, 169 175, 177, 180, 181, 186, 187, 189, 190, 191, 192, 193, 196 y 211; y en la traducción de Correcciones y Adiciones al Mithridates pp. 50, 53, 60, 61 y 64. También sabía que antes la borona era de mijo, pero lo olvida en otros escritos. Que *Ce* latina no es Ze. sino He lo dice en el can. 18. pág. 29, pero lo olvida en el cap. 17, pág. 47, como en la p. 50 confunde *Kiefer* con *Fichtes* y en las pp. 20 y 59 de la obra de Gárate llama Humboldt *Steineiche* a lo que no es encina, sino melojo (*ametza*). Lo advierto para los lectores, que no estén al tanto de estos puntos.